

Edición: *Katiuska Blanco Castiñeira*
Diseño interior y realización: *Claudia Gorrita Martínez*
Corrección: *Catalina Díaz Martínez*
Cuidado de la edición: *Ana Dayamín Montero Díaz*

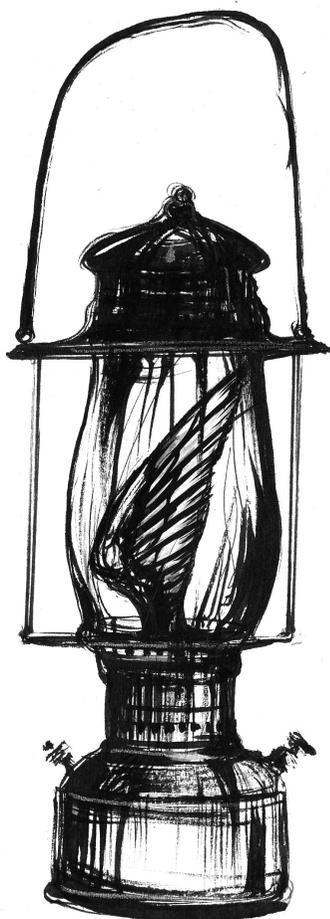
© **Katiuska Blanco Castiñeira**, 2018
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2018

ISBN 978-959-224-??-?

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

*Las crónicas de
Katiuska Blanco*



*E*s imposible repasar la papelería de Katiuska Blanco sin deslumbrarse ante la magia que impregna a todo cuanto escribe. Ella logra una perfecta armonía entre el periodismo, la literatura y la historia, cualidad que la convierte en una auténtica cronista, capaz de imprimir a sus trabajos un estilo propio, en el que se impone una búsqueda constante de la belleza, tanto en el lenguaje como en la esencia misma de los hechos, las personas y las cosas, aunque aborde temas difíciles como la guerra, el dolor, la pobreza, o tan sencillos como cualquier pasaje de la vida cotidiana.

La peculiaridad de volver una y otra vez sobre el mismo tema, ha permitido a la autora, agrupar sus crónicas en diferentes colecciones: Ciudad soñada, por ejemplo, reúne las dedicadas a las calles de La Habana, donde a partir de la historia original que les da nombre, deja correr su imaginación y crea nuevos y apasionantes pasajes de leyenda, y los libros Voces del Milagro y Niños del Milagro, en los que figura como coautora, incluyen otras nacidas de los reportajes realizados en Venezuela a familias favorecidas por la misión médica cubana. En proceso de edición, están las llamadas Crónicas



viajeras, que responden a las impresiones recibidas en otras tierras; su historia, sus tradiciones; Angola, que reúne las nacidas de su experiencia como corresponsal de guerra en ese hermano país y Fidel, un eterno caminante, las inspiradas en la vida, las hazañas y el magisterio de nuestro Comandante en Jefe.

El poeta Miguel Barnet, al referirse al libro *Todo el tiempo de los cedros*, paisaje familiar de Fidel Castro Ruz, apuntaba los rasgos que caracterizan, no solo a ese volumen, sino a toda la obra de Katiuska Blanco. Decía Barnet:

«Cuando me leí *Todo el tiempo de los cedros*, me di cuenta, por sobre todas las cosas, de que estaba ante una escritora, ante una novelista con una estética muy propia, una estética de una delicada intención poética, una poética de gran sensibilidad, capaz de captar los detalles que pueda captar en la vida, en el mundo, en las texturas, una mujer sensible».

Desde mi Habana, es la colección que ponemos en esta ocasión en manos del lector, las crónicas que la conforman, tratan temas como la belleza, la felicidad, el amor, la amistad, el dolor, la patria... y en cada una de ellas, podemos sentir esa gran sensibilidad de la autora, su espíritu un tanto romántico, su capacidad de estremecerse ante los más mínimos detalles y su facilidad para expresar emociones y transmitir las con sencillez y lirismo.

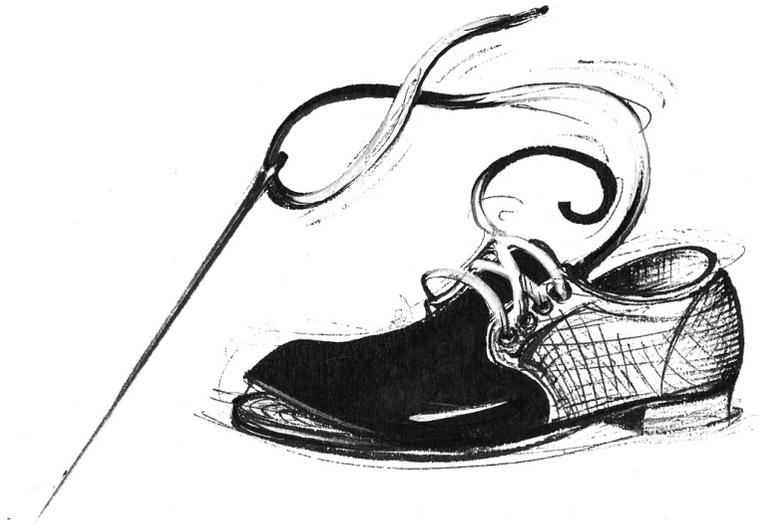
ALBA MARÍA ORTA PÉREZ



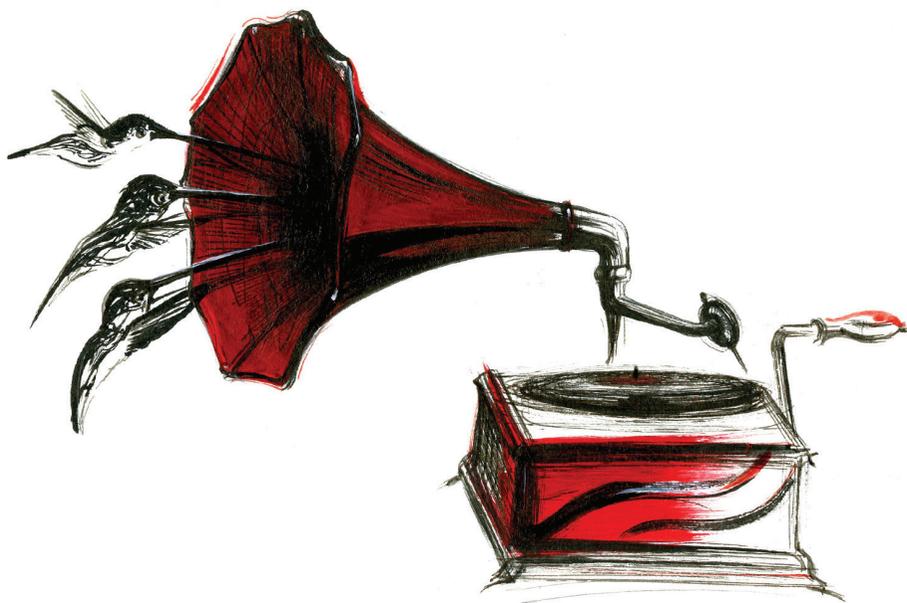
A Guillermo Cabrera Álvarez

*Cada cosa tiene su belleza,
pero no todos pueden verla.*

CONFUCIO



Fonógrafos





Prodigio de la voz atesorada, silencio quebrantado en los salones y las tertulias, maravilla de las sonoridades que pueden escucharse tantas veces sean deseadas, acariciadas con esmero y paciencia cada atardecer o en el prelude de la profundidad de las noches.

Cuando Thomas Alva Edison (1847-1931) creó el fonógrafo en 1877, consiguió cumplir el sueño anhelado largo tiempo de fotografiar la voz, escribir los sonidos. Un testigo que presenció una de las primeras audiciones de la historia, narra aquel acontecimiento: «La máquina se puso en marcha y nos preguntó cómo estábamos, interesándose por nuestro estado de salud; nos interrogó acerca de si nos gustaba su forma y su nombre 'fonógrafo', nos dijo que dentro de ella todo iba bien, y se despidió con un cordial: Buenas noches, caballeros».

Ingenieros, artistas, comerciantes, científicos, financieros, operarios y cantantes soñaron largamente con esa



posibilidad y pronto la aclamaron y expandieron, con el furor de unos tiempos que se asomaron a los finales del siglo XIX y comienzos del XX, a novedades casi de modo cotidiano entre telegrafías, buques de vapor, cinematógrafos y automóviles.

El acucioso inventor que había en Edison, consiguió poco después la luz en una lamparilla incandescente que pronto puso de moda los ámbitos iluminados con gran transparencia, y marcó toda una época, tanto como la hermosa caja de madera que con su mágico cilindro y su trompeta pasó a ser uno de los objetos venerados, primero en el mobiliario del hogar, en las amplias habitaciones de las viviendas, y luego, en los cafés, las confiterías, las plazas, los clubes, los retiros campestres, los parques.

Los fonógrafos y luego el gramófono, que en lugar de cilindro tenía un disco (los primeros discos comerciales producidos eran de ebonita y fue un ciudadano alemán, radicado en Washington, Emilio Berliner, quien ideó una máquina parlante que también grababa y reproducía el sonido, pero con la diferencia de que no usaba un cilindro sino un disco plano) dieron cauce a primorosos trabajos de ebanistería, al arte de fabricar insólitas cajas de música, lo mismo en la imitación de un piano, que en un cofre de exquisitas marqueterías y decoraciones, y hasta en una muñeca de miniatura.

Fue en una fábrica de botones para prendas de vestir donde se realizaron las primeras pruebas con el deseo de encontrar un material apropiado para producir los discos, de manera tal, que grabaran nítidamente las voces y los sonidos. Y con la eclosión de las vibraciones melodiosas guardadas, con la voz reiterada, surgió la fusión de tres empresas que darían lugar, tras breve e intenso camino, a la compañía RCA Víctor que luego fabricó las victrolas.

La voz portentosa del italiano Enrico Caruso promocionaría el encanto y enigma de aquel aparato singular,



tanto como el anagrama del pintor Francis Barraud, que reproduce al perro Nipper delante de un fonógrafo de Edison y al pie la frase “His master’s voice”, es decir, “la voz de su amo”. La imagen suscita la evocación de una tarde maravillosa en la sala de fonógrafos antiguos del Museo de la Música en La Habana de patio con geranios en flor y azulejos deslumbrantes en las paredes; pero la sala que recuerdo está, espaciosa y aireada, en el primer piso, habitación espléndida en iluminaciones y brisas porque abre sus portones de persianería francesa a la terraza con vista singular a la entrada de la Bahía y al Morro.

Todo lo explica con el alma, la señora que recibe a las visitas allí y como vio interés emocionado, se detuvo para obsequiar el gesto de compartir una historia entrañable y acordes de más de cien años. Ahora escucho como nuevas sus palabras y, en el fonógrafo que fuera de Carmen Zayas Bazán, una de las melodías que arropaba el espíritu de José Martí a su regreso de la Oficina, cuando no era invierno en su corazón y disfrutaba del hogar acogedor y la cercanía de ella y de su hijo, antes de que se empozara la soledad definitiva en su alma errante y noble, incomprendida en su vocación libertaria hasta el final de los finales y aunque fuera probable o cierta la ingratitud de los hombres.

Llevo de la mano a mis hijas Isabel y Patricia. Con cinco años recién cumplidos miran con asombro el mueble antiguo de flores pintadas y aparato de minúsculos mecanismos, resortes, tuercas, oquedades, pulsos y una trompeta como mástil que parece un caracol inmenso, lo que en lugar de cantar los susurros de las olas de mar, suena como música de orquesta.

*Las olas
traen los versos*



 El hombre se incorporó, tomó el catalejo del velador y alzó la vista más allá del cristal de la habitación hacia los horizontes infinitos del océano. Luego acercó la mirada a los rompientes. De súbito, el hombre fijó el lente en la cresta de las olas que acercaban y alejaban un madero con persistencia obstinada. Se volvió hacia Matilde, aún perdida entre las sábanas, y le dijo: “El mar me ha traído un escritorio”.

Al vuelo alcanzó la planta baja, llamó a Rafita el carpintero y luego descendieron juntos hasta la costa. Lo que sus ojos veían era algo asombroso. Se trataba de la puerta de un camarote de algún viejo barco olvidado o hundido.

Rafita solo fijó el tablón a las patas, no curó sus heridas, no rellenó sus profundas oquedades, no lo pintó, no acalló sus rumores, no atenuó sus sobresaltos tempestuosos, no apagó los candiles que alguna vez lo rozaron, no evitó los golpes preludiando una presencia y mucho menos olvidó las voces húmedas que traía consigo. Así, el que fuera antes



tronco espigado encalló convertido en una mesa de trabajo y emprendió después nuevas navegaciones, mientras Neruda anotaba sus versos en un cuadernillo escolar o acodaba los brazos en silencios hondos.

¿Misterio?

¿Fue con el esqueleto imbatible de pulmones agrietados de *Nikolis M*, aquel viejo barco griego que había encontrado su final en el puerto de Isabela de Sagua y que, con su dignidad de embarcación al borde de la muerte, desde una crónica de Guillermo Cabrera Álvarez seguía añorando el azul de todos los oleajes conocidos? ¿O tuve la certeza a partir de lo leído o quizá de lo vivido? ¿O tal vez fue el sacudimiento del espíritu cuando tres seres, cada uno por su lado, me propusieron mover la cabeza, empecinada en apartarme de los lugares comunes, escribir como andar por la orilla del alma y contar historias, siempre contar historias?

Los senderos se bifurcan y confluyen en una verdad tremenda, pero imprecisa, para nada definitiva como todas las proverbiales verdades. Una historia puede habitar cualquier casa o paisaje, puede ser algo que nos pasó a nosotros mismos o a alguien que conocemos o no; puede ser una vivencia imaginada o tal vez oculta en lo callado o lo fragoroso del árbol, un parque, las estancias, una tarde, un astrolabio, un vaso, un tranvía, un zapato, una huida, un cenicero, recuerdos, una invención, un fulgor, una vida: pequeños y grandes asuntos de las realidades a la sombra de las noches o iluminados por la claridad del día. Ernest Hemingway lo decía: pensar y teclear sin falta, y llevar minucioso la cuenta de las palabras paladeadas, apuntadas, hilvanadas. Tanto lo afirmaba como la necesidad de poner el tiempo en las historias, no el tiempo verbal, sino además el climático: o los menudos detallitos que hacen verosímil una fantasía. Lo otro es develar destinos, recorrer geografías recónditas o evidentes, hurgar en las fotografías y los mapas, los periódicos, las modas y las piedras, los desvanes, los archivos,



las bibliotecas; escuchar a los presentes y a los muertos y a los que aún no han respirado, confiar plenamente en las papelerías y hacerlo apasionadamente.

Y al final volver al asombro de lo natural, con la convicción de que todo lo soñado es cierto, que el milagro es cotidiano y solo hay que tener sentimiento para verlo o narrarlo con la ilusión de lo pensado.

¿Cómo adelantar un camino, una fórmula eficaz? Eso al menos intento hoy sin conseguirlo. No hay rutina para la alquimia de las palabras enhebradas en la maravilla, cautivadoras o fascinantes. Confirmaba Lezama desde su sillón trasatlántico: “Cada palabra tiene preludios, huellas de dedos anteriores. Cada una trae su desgaste”. Así nosotros mismos y las historias alumbradas. Para mí, es pura magia que no se explica y un intento perpetuo.

Hornillo olvidado



Apagado de súbito, el hornillo de la pipa despedía aún el finísimo hilo de humo, que el hombre disfrutaba en cada fumada, en su ansia de probar aromas y sabores diversos, en sus ensimismamientos, ensueños e ilusiones. La pipa reposaba de sus calenturas reclinada sobre el cristal del cenicero, en el instante en que la observé. Era, de tan simple y humilde, sugestiva en su estampa. Fabricada de una tusa de maíz, de lo efímera y frágil se tornaba resistente y evocadora.

Y es que la contemplación de una pipa puede tornarse meditación larga si se piensa en todo lo que sugiere o recuerda, desde su origen inmemorial, el arte de su fabricación, la maravilla de los materiales con que suelen ser creadas: la terracota fresca, la espuma de mar, las maderas de brezo y de nogal, la porcelana... —cuentan que son irrepetibles y añoradas por los coleccionistas, las creadas de espuma de mar por los artesanos judíos antes de la I Guerra



Mundial—, hasta la geografía planetaria de su extendido uso que viaja en el tiempo y los parajes.

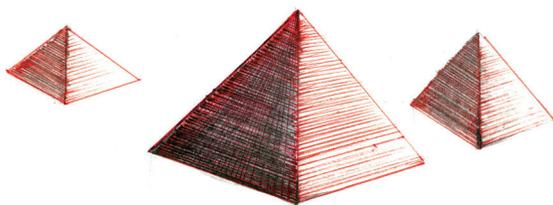
Una pipa humeante resucita las enigmáticas y maravillosas ceremonias de los aborígenes de nuestro continente americano, y el deslumbramiento de Rodrigo de Triana, vigía de Cristóbal Colón quien avistara un nuevo mundo para los europeos y que ya en tierra se fascinó con la visión de un pueblo que llamó «hombres de chimenea». Cuando Rodrigo de Triana volvió a España para hacer una demostración pública del acto de fumar, y después de que sus vecinos de Ayamonte le vieran echar humo por sus orificios, sin quemarse, creyeron que el Diabolo lo poseía y el cura de la parroquia lo denunció al Santo Oficio; por ello fue sentenciado a pasar varios años en una cárcel de Sevilla. Al volver a casa, todos sus paisanos fumaban. También el monje fray Bartolomé de las Casas contó en su *Historia de las Indias* sobre esos deshollinadores singulares.

Y así, pasando por el aventurero y escritor Sir Walter Raleigh, que estrenó la costumbre de fumar en la Corte de Isabel I, hasta el legendario personaje literario Sherlock Holmes, vienen las pipas recorriendo distantes parajes geográficos, líricos, históricos y de costumbres. Sin embargo, esta pipa de atardecer en La Habana revive más el recuerdo de las memorables noches mambisas, o después en el tiempo, el único de los disfrutes permitidos a los braceros antillanos empleados en las agrestes colonias de caña de la Nipe Bay Company, en los inicios de la expansión azucarera al oriente del país, cuando comenzaba la penetración y dominación norteamericana que tantos infortunios trajo al archipiélago amado y que dio lugar en nuestra historia a estampas e imágenes entrañables más recientes, como las fotografías de la Sierra, donde uno descubre a los rebeldes buscando calidez en los fragores de una pipa llevada y traída como artefacto ideal en tiempo de guerra o paz, anotado en los apuntes de Che como



«fácil de fumar, fácil de ocultar y difícil de ser detectado por el enemigo del pueblo o del fumar». Hornillo olvidado después por el tabaco puro, cuando Che comprobó que los cubanos veíamos tan gringa la pipa que la llamábamos cachimba, femenino de cachimbo, el revólver de seis balas del despiadado oeste estadounidense.

Fascinación eterna



Con todo el colorido de sus jeroglíficos y la maravilla de los enigmas, la civilización egipcia ha entrado en casa. Las niñas, que ahora inician el grado séptimo, buscan afanosamente en los libros y las enciclopedias sobre los mitos y leyendas de los faraones, de acuerdo con las dinastías, y así, por el camino del aprendizaje, entran en un subyugante mundo de historias encantadas, monumentales realizaciones, cosmogonías, vidas indescifrables, obras de arte, escrituras antiguas y prodigiosos conocimientos científicos.

Cuando aún eran pequeñas se habían iniciado en la fascinación y preparado de tarjetas donde apuntaban con letra minúscula los nombres e historias de algunos de los faraones. Hoy su aproximación es más profunda y completa, pero no menos intensa.

Una de las creencias más conmovedoras de los egipcios era la de Isis y el nombre secreto de Ra, que afirmaba la convicción de que mientras se preservara viva la memoria,



a través del nombre, el difunto vivía. El conocimiento del nombre secreto transfería los poderes divinos. Por eso Ra mantenía en secreto el nombre de sus padres, el que le daba poder sobre el resto de dioses y hombres. Isis averigua el nombre de Ra para que su hijo Horus herede el poder de dios.

¡Tan lejos en el tiempo como está de los egipcios nuestra vida y qué coincidencia la que sentimos con esa historia de que estar en la memoria es una forma de habitar el mundo, persistir, permanecer!

Egipto, se dice, y al instante aparece el perfil de las pirámides recortado en el paisaje imponente de una crepuscular estampa o vuelven al pensamiento los nombres de los más afamados faraones de la antigüedad y sobre todo, el de Tut-Ank-Amen, al que odas y poemas se han dedicado con profusión y calidez. Paladea la memoria ahora mismo los versos de Dulce María Loynaz: “Joven Rey Tut-Ank-Amen, muerto a los diecinueve años:/ déjame decirte estas locuras que acaso nunca te dijo nadie./ déjame decírtelas en esta soledad de mi cuarto de hotel, en/ esta frialdad de las paredes compartidas con extraños, más/ frías que las paredes de la tumba que no quisiste compartir/ con nadie./ A ti las digo, Rey adolescente, también quedado para siempre/ de perfil en su juventud inmóvil, en su gracia/ cristalizada... Quedado en aquel gesto que prohibía sacrificar/ palomas inocentes, en el templo del terrible Ammon-Ra./ Así te seguiré viendo cuando me vaya lejos...”.

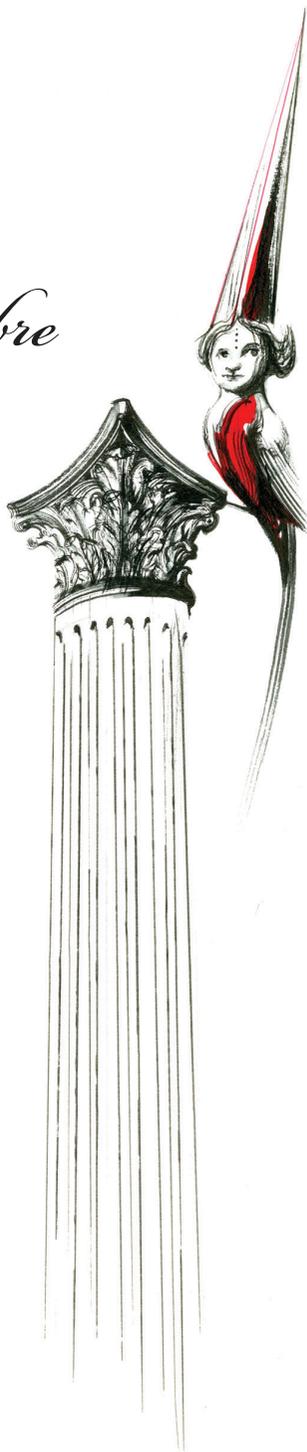
Pocas veces se habla de los significados de esa huella que corporeizamos al instante en la mirada, ni de cómo se construyeron las portentosas edificaciones que fueron sepulcro de los hijos de los dioses y recinto de reliquias y recuerdos.

Según lo que se ha estudiado, la primera fase consistía en elegir el lugar adecuado. Debía estar sobre la orilla izquierda del Nilo, del torrente de aguas y abundancias,



de buenos augurios y cosechas, en el Occidente y en sitio elevado del desierto, pues ese era el que correspondía a los muertos, sobre la roca sólida y presumiblemente eterna, a salvo de las inundaciones. Luego se hacía el diseño, se calculaban los materiales necesarios e iniciaba la nivelación del terreno. En rito singular, el faraón estiraba la cuerda y con ello comenzaban los trabajos de la construcción. Terminado ese preámbulo, se edificaba el primer escalón, y luego, otro y otro, hechos del barro del desierto y recubiertos con piedra caliza de la mejor de por todos los contornos. Y se dice que los bloques inmensos de piedra eran extraídos aislando la roca por medio de escalpelos y mazas de piedra. La base se separaba insertando cuñas de madera que luego deslizaban por sobre un camino humedecido. La arqueología sustenta que las majestuosas piedras eran alzadas, gracias a la utilización de rampas de adobe o especies de grúas basadas en el viejo principio de la palanca, mientras los más crédulos piensan que fue la fuerza de los dioses la que elevó casi a los cielos las descomunales moles de roca, para ponerlas allí, a la vista de los siglos por los siglos.

*La Calzada
de Diez de Octubre*



 Desde los contrafuertes sombríos, oscurecidos por el hollín, el polvo y el tiempo, la mirada asciende hasta los capiteles de las casonas, circunda las anchurosas columnas y luego se pierde en el intenso sopor del mediodía o el azul profundo de la noche. Serpentea la vereda en el recorrido extenuante y fragoroso y su nombre, la Calzada de Diez de Octubre, suscita un sacudimiento al evocar al hacendado Carlos Manuel de Céspedes, cuando, en un ingenio del oriente del país, declaró la guerra a España por la independencia del archipiélago con la misma vehemencia con que concedió la libertad a sus esclavos. Aquella partida de fieles que escucharon sus palabras sin comprenderlo del todo, y sin saber qué hacer sin las rutinas de la finca La Demajagua, se echaron a la manigua con la excitación y el arrebató de los libres. Los cubanos en armas ponían la piel a las balas del máuser y terminaban venciendo por la pujante decisión con que embestían, inspirados en la pasión libertaria y el desprecio a la opresión.



Pero este tramo entrañable de ciudad, que como un río de aguas profundas la recorre, la abraza, la acaricia, se detiene en sus bordes y guarda las paredes antiguas, la piedra húmeda y desgastada donde la mano reposa en el tiempo, no puede soñarse sin su denominación anterior la Calzada de Jesús del Monte, sin los inspirados versos hilados con los portales, la iglesia, las casas, la quinta, la muchacha, la tela, el negro en las imágenes, la nostalgia de la tarde y el sitio en que también se está, mientras una comadrita vacía acompasadamente en su vaivén lento, en el patio interior, pide al poeta el regocijo de la costumbre, que se alcance las cuartillas para anotar la luz y el encanto. Entre la penumbra y la claridad se escuchan sus palabras: Eliseo Diego escribe y el silencio, callado, espera a que se deslice la estructura de la maravilla: “En la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte/ donde la demasiada luz forma otras paredes con el polvo/ cansa mi principal costumbre de recordar un nombre,/ y ya voy figurándome que soy algún portón insomne/ que fijamente mira el ruido suave de las sombras/ alrededor de las columnas distraídas y grandes en su calma. Cuánto abrume mi suerte, que barajan mis días estos dedos de piedra/ en el rincón oculto que orea de prisa la nostalgia/ como un soplo que nombra el espacio dichoso de la fiesta. Al centro de la noche, centro también de la provincia,/ he sentido los astros como espuma de oro deshacerse si en el silencio delgado penetraba (...)”.



La felicidad humana generalmente no se logra con grandes golpes de suerte, que pueden ocurrir pocas veces, sino con pequeñas cosas que ocurren todos los días.

BENJAMÍN FRANKLIN



Felicidad



Nuestra mayor fascinación era pasarnos a las viejas aguas del estanque, de lotos refulgentes y manjuares que salían a la superficie como asustados por entre la maraña de vegetación abundante en el fondo. Pasábamos horas enteras en aquel bosque de sueños del parque Almendares, donde nos reuníamos los primos para ir a pescar renacuajos que celosamente guardábamos después en bolsitas de nailon, mostradas como trofeo con un orgullo ingenuo y feliz. En ese tiempo, mirábamos a nuestro alrededor aquel mundo de árboles gigantescos, raíces colgantes y florestas trepadoras como escenario de un tiempo antiguo o libresco que solo era dado ver allí, como una irrealidad palpable que evocaba aventuras como las de «Robin Hood» y «Guillermo Tell».

Ya para entonces, nuestras miradas recorrían lugares distantes, al leer las páginas de Robinson Crusoe, *La esfinge de los hielos*, *El hombre de Alaska* o *El castillo de los Cárpatos*.

En aquellos años era toda una prueba de confianza depositada en nosotros que pudiéramos irnos en pandilla bullanguera al cine Los Ángeles, porque para llegar hasta allí había que inevitablemente cruzar tres avenidas con nombres legendarios y patrióticos de generales de nuestras luchas independentistas: Lacret, Mayía Rodríguez y Juan Delgado.

Otras veces, y siempre en numeroso grupo, nos íbamos al Parque Lenin o al Río Cristal, donde aprovechábamos la base de la cortina de la represa para poner pie firme y bañarnos en la cascada, una osadía por la cual, después, nuestra madre levantaría las manos hasta la cabeza en señal de alarma acompañada por una frase rotunda e inusual: “¡Ave María, niñas, pero qué han hecho!”.

Nuestra felicidad expandida y profunda se componía de pequeños detalles y momentos, disfrutados en estado de euforia colectiva: el juego de la pañoleta en la calle, las salidas al Tropicuín —adonde íbamos los sábados como de gran solemnidad para tomarnos un helado de barquillo luego de la tarde de cine en la sala amplia, cómoda y climatizada del Mara o Los Ángeles—, o finalmente, las visitas al *Fruticuba*, un sitio donde probamos por primera vez como manjar de dioses, el yogur con trocitos de guayaba, piña, plátano, mamey o fruta bomba. Al regreso, siempre circundábamos la ceiba del pequeño parque próximo a la bifurcación de Lacret y General Lee. Los varones, tal vez por puro gusto o con el afán de que las muchachas nos refugiáramos en sus brazos, nos intimidaban con historias de jinetes sin cabeza o aparecidos que deambulaban por allí a la espera de la medianoche. Los indicios eran el rumor del viento, la borrasca próxima, un relámpago en lo nublado, una estrella especialmente luminosa, unas voces en la distancia, la oscuridad profunda de un sábado o el bullicioso roce de las hojas y ramas del árbol que aún permanece allí con su esplendor imperturbable.



Otras veces, poníamos en el portal de un vecino, un radio de proporciones desmesuradas para estos tiempos de tecnologías mínimas, y allí, al compás de las músicas que las emisoras ponían, disfrutábamos las noches de fin de semana, con una alegría sana y austera que siempre pongo de ejemplo a mis niñas, de cuánta felicidad puede haber —con tan poco— en pequeños y grandes detalles como la amistad compartida.

*Fina violeta
bajo la lluvia.*



*F*ue en los tiempos agrestes de comienzos de los 90. Llovía aquella mañana y me dispuse a salir a la calle con un tiesto de violetas florecidas. Era el regalo que le llevaba a Guillermo. Él permanecía en su casa tras vivir la experiencia alucinante de un infarto en plena montaña de la Sierra Maestra y se recuperaba de aquel repentino e inconcluso viaje.

Me disponía a desafiar las dificultades que suponía trasladarme desde Alamar hacia Playa en un ómnibus atestado de personas, con una maceta pequeña, que era fácil de llevar, pero que tenía plantada en tierra de patio entrañable aquella planta frágil, de mullidas hojas y florecillas malvas, delicadamente tenues en el color y la disposición para los vendavales.

Nunca imaginé se convocaran tanta sonrisa, interés, buenos augurios, asociaciones poéticas, compañías, recuerdos, experimentos, vivencias, sustanciosos tratados



de jardinería, evocaciones musicales y miradas absortas en torno a una planta. Andaba una calle y me detenía una anciana: “mira, mi hija, yo las escucho abrirse en las mañanitas”; “¡ay!, pero qué lindas”, posa los ojos una niña. “Dicen que dan buena suerte”, comenta alguien más allá. “¡Oye, pero se ve que tienes manos para las matas”, sentencia un hombre mayor, a la vuelta de la esquina. Llegando al paradero... “ellas son muy delicadas y necesitan sombra”, aconseja una señora que se brinda para llevarla en el regazo como solución divina en la cálida apretazón y el tumulto de la guagua.

Y así, con la violeta entre las manos, pasé advertida por todos a lo largo de las horas y el recorrido de uno a otro extremo de una ciudad habitada por seres tiernos, sensitivos, capaces de conmoverse, fijarse en una planta y dedicarle atenciones, deliciosos diálogos, meditaciones profundas y detallados recuentos vivenciales.

Cuando coloqué la pequeña planta en el alféizar de la ventana abierta, en casa de Guillermo, pensé que regalaba las horas de contemplación y esmero, y todo el amor que cabe en las avenidas, las plazas, los túneles, los edificios, el aire, el tiempo y las memorias de la ciudad. “Si quieres que te sonrían y hablen afuera, solo ve con una violeta en el camino, un día”, le dije.

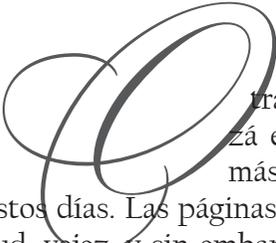
Y entonces recordé las finas violetas de Fina García Marruz en sus *Azules*, de añoradas y sentidas, contemporáneas *Visitaciones*, como un viaje a su propia exquisita esbeltez y sensibilidad primorosa. La mirada propia recorría los versos y era como si un pincel retratara a la poetisa leve que nuestra callada admiración, y la timidez de viento contenido, de exaltada adhesión silenciosa han separado lejos, estando tan próxima y palpable. “Son como viejas tías / las violetas. / Susceptibles y cándidas / callan, se quejan. / Las hiere el sol, la lluvia / pertinaz las inquieta / cual visita que ignora / la hora de la cena. / Al chaparrón fragan-



te / le vuelven la cabeza. / No les gustan sus chanzas / a las
viejas. / El aire les destroza / los nervios. En la tierra / nada
hay bastante fino / para ellas. / Junto a un pequeño fuego /
bordan y alientan. / ¡Peluche el de esas mantas / escocesas!/
Me siento en el invierno la sobrina de ellas, / tocando los
cristales / de su puerta. / Porque acuden, pueriles, / sonrien-
do, las viejas / a recibirme, / débiles / como abejas”.

Don libro





Las ediciones traerán de vuelta, quizá entre tapas relucientes y estampa más lujosa, las letras que repasó en estos días. Las páginas amarillas que hojeo sugieren lasitud, vejez, y sin embargo, guardo como nuevo este libro en casa. Prologado por Mirta Aguirre e ilustrado por Juan Moreira, el volumen que atesoro, una entrega del Instituto Cubano del Libro, La Habana 1972, fue aquel en que aprendí y estudié en tiempos universitarios. Pervive en el estante, todo marcado, subrayado, manoseado y anotado, con una especie de diccionario provisorio en los márgenes y al pie de las columnas. Leo: “Tan alta es —respondió Sancho— que a buena fe que me lleva a mí más de un coto”, y al lado de la última palabra, en letra apretada y breve, sin recurrir a los finales del volumen, el significado que apunté entonces: “medida que lleva más de cuatro dedos de la mano”. Recuerdo que después de leer el prólogo, intenté hacer lo propuesto: descifrar entre líneas, bucear en profundidad, captar lo sugerido, y también lo callado,



susurrado, o develado subrepticamente. Pongo los ojos en lo señalado con tinta azul sobre los caracteres impresos y corroboro, una vez más, que después de nacer hace cuatrocientos años, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, es texto vivo, cabalgante y lúcido entre nosotros. En la página 500, por ejemplo, marqué: “...Si el poeta es casto en sus costumbres lo será también en sus versos; la pluma es lengua del alma: cuales fueron los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos”. Esta aseveración me lleva a meditar en el autor, en don Miguel de Cervantes Saavedra, el hombre que pensó y expresó esa inmensidad escrita. Lo imagino tal como Sancho definió a su amo: “digo que no tiene nada de bellaco, antes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez lo quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarlo por más disparates que haga”.

Solo alguien de elevado espíritu y limpidez ética pudo dar a luz una obra tan recia y virtuosa, donde cada párrafo es como brújula para definir lo justo, lo humano, lo hermoso y todas sus antítesis; para crear al Don Quijote, que pare el quijotismo, manera de asumir la vida propia en principio para los demás, y hallar únicamente en ello y en la hidalguía, el sentido de la existencia.

Deslumbra leer y concluir que todo está dicho allí, como anunciación de lo que es hoy, lo mismo en las costumbres, las artes, las batallas, la historia, los pensamientos, las acciones y los sueños de los hombres y las mujeres, en todos los ámbitos concebibles de la vida y el mundo.

Ahora que estamos en días de libros, leamos lo que en las propias páginas de *El Don Quijote*, se dice del libro: “Y así debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.” “Eso no —replicó Sansón—; porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran...”.

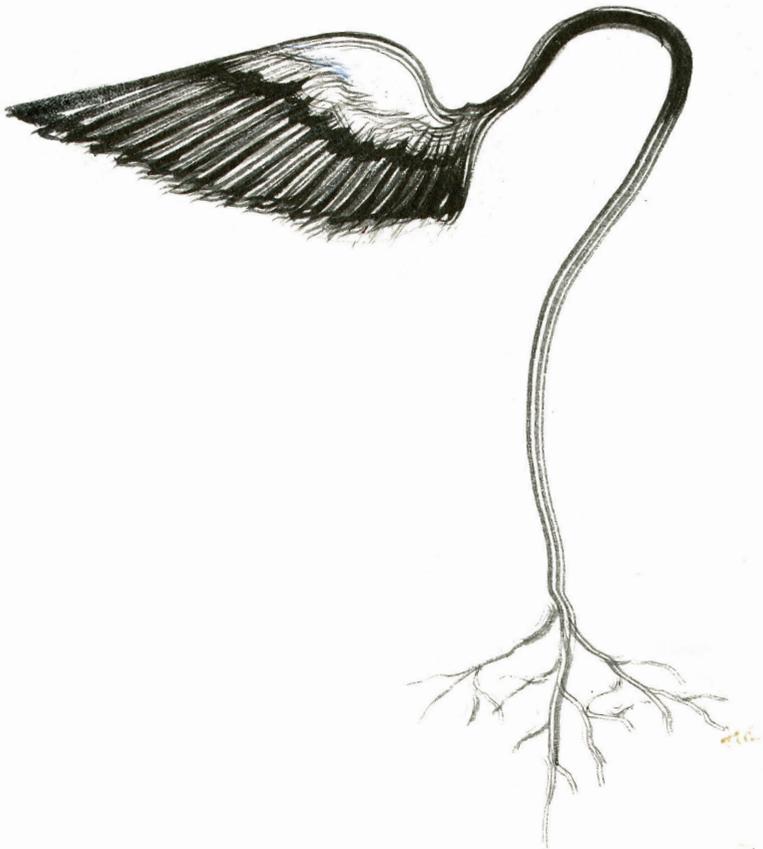


Poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo,
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
Y todos los huertos nuestros.

LEÓN FELIPE



Cuba y Neruda





Quisiéramos tenerlo siempre en casa o en ese espacio de la memoria o el alma, que reservamos a lo cercano y hermoso. El libro tiene tapas de cuero y como anunciación de maravillas en las guardas, pinturas de Diego Rivera y David A. Siqueiros, y ambas precedidas, amparadas, abrazadas por nerudianas palabras que ilustran las imágenes coloridas y portentosas. La estampa de Diego Rivera —en la primera guarda—, Pablo la relaciona con el poema *Los hombres*, cuyos versos van desde las ciudades mayas e incas hasta las piedras de Arauco y dicen de Chichen: “...Los trabajos iban haciendo/ la simetría del panal/ en tu ciudadela amarilla,/ y el pensamiento amenazaba/ la sangre de los pedestales,/ desmontaba el cielo en la sombra,/ conducía la medicina,/ escribía sobre las piedras...”. El prelude del mural impreso de David A. Siqueiros, —en la segunda guarda—, es una estrofa del poema *Las tierras y los hombres*, algo así como una declaración de adhesiones: “...Y vi cuántos éramos, cuántos/ estaban junto a mí, no eran/ nadie,

 Desde mi Habana • Katuska Blanco Castiñeira

eran todos los hombres,/ no tenían rostro, eran pueblo,/ eran metal, eran caminos./ Y anduve con los mismos pasos/ de la primavera en el mundo...”.

Es un prodigio la edición mexicana de 1950, del *Canto General* de Pablo Neruda, porque ese volumen de poemas deslumbrantes recorre la historia de nuestras tierras, y en catarata de vocablos comprometidos eclosionan los augurales, vertiginosos, limpios, angustiados y heroicos días de nuestros pueblos.

Ahora que Neruda cumple cien años y su vaticinio de «voy a vivirme», el poeta Ángel Augier ha develado para muchos la crónica del chileno «Recuerdos de La Habana», en que Pablo explica su visión aromática y mágica de la capital antillana, pues para él La Habana era una caja de tabacos con efluvios de cedro, donde su madre guardaba reliquias.

Y por el encantamiento de la madera y el recuerdo de lo entrañable en la niñez, le nace el amor por Cuba, la Isla que toca su verboso pincel en numerosas páginas del *Canto General*. Leyéndolo tiene lugar el hallazgo propio de ese José Martí que el poeta perfila como si lo conociese en persona durante el distante 1890, el Martí que habita la Isla: “Pero dentro de ti como una clara/ geometría de nieve germinada,/ donde se abren tus últimas cortezas,/ yace Martí como una almendra pura./ Está en el fondo circular del aire/está en el centro azul del territorio,/ y reluce como una gota de agua/ su dormida pureza de semilla”.

Leyendo a Neruda, pensándolo en sus visitas al Archipiélago, en su pertenencia a las revoluciones y su lealtad a la nuestra, uno imagina que no solo estuvo en Cuba, sino que Cuba estuvo desde siempre en Neruda.



Neruda



Algunas palabras guardan silencio mis palabras, porque una voz que con reverencioso silencio se escuchó maravillosa en Casa de las Américas. Volodia Teitelboim habló allí de Pablo Neruda, un poeta de la libertad, y aquí van como selección de mástiles de un barco, algunos de los párrafos más reveladores.

«Enfrentémonos al primer dogma equivocado. Neruda fue un poeta que llegó tarde a la política. Y algunos se solazan con ello, porque esta política perversa habría afectado la calidad de su poesía (...). Son mitos. Yo quiero aquí hablar de un muchachito que ya tiene sus dramas. El 12 de julio de 1904 ha nacido este pequeño en una aldea lejana, lluviosa de Chile, donde parecía destinado a que nadie supiera nada de él en su vida. Se hizo famoso por su poesía, pero su nacimiento le costó la vida a la madre (...).

«Había nacido en Parral, un pueblo relativamente pequeño de la zona central, donde había sol y lluvia; había cuatro

primaveras muy detalladas y precisas. Su padre, un hombre con dificultades económicas, desolado también por su viudez, decide por consejo de un amigo, viajar más al sur. Ese más al sur es el fin de la civilización de todo el mundo, no solo de Chile, se le llama La Frontera.

«Allí también vio el comienzo y el fin. Encuentra que ese poblado se parece a la democracia. Pero al rato de su primer enamoramiento, que fueron varios, él descubre que esta democracia popular se va diluyendo para ser reemplazada por la sociedad de clases. Se distingue a los que están en la sociedad y a los que están fuera: ricos y pobres. Neruda está fuera de la sociedad. Es hijo de un conductor de tren rastrero, es pobre, está mirando el mundo.

«Pasamos entonces a una segunda ruptura en su vida: el descontento con el poblado pretencioso. Incluso eso lo castiga sentimentalmente, porque él ha conocido a una muchacha, Marisol, que pertenece a los ricos. Le habla del amor, él le dedica poemas.

«Segundo mito, el del Neruda apolítico que solo después de la guerra de España viene a conocer la política. En verdad no fue así (...).

«Esa familia cambia de la ‘mamadre’ que fue bondadosa con él, —por eso nunca quiso llamarla madrastra e inventó la palabra ‘mamadre’—, a un inductor político sobre el cual se ha hablado poco y es digno de reconstituirse en lo posible.

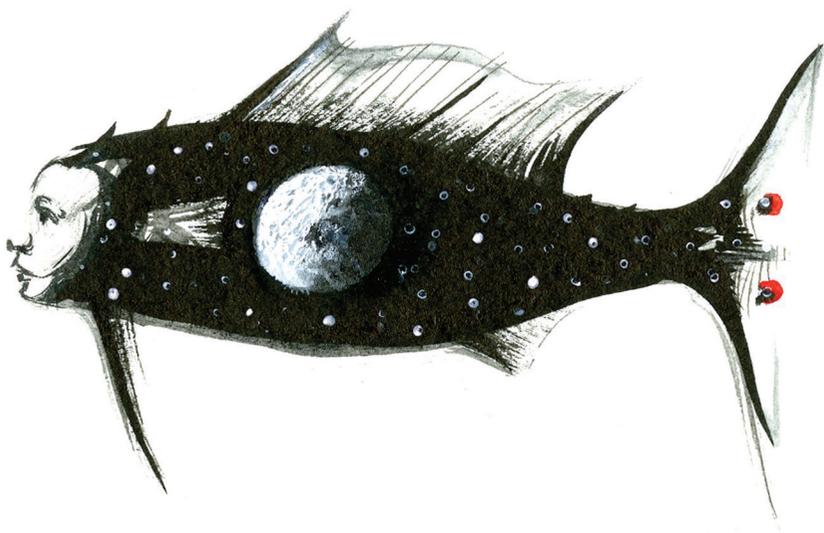
«Se llama Orlando Mason. Es un norteamericano que ha decidido huir de la justicia, y llega hasta el fin del mundo. Llega a Temuco. Conoce a una de las hermanas de Micaela y se casa con ella. ¿Quién es este personaje? (...) Este norteamericano viene escapando de algo, porque es un anarquista, en los tiempos, a principios del siglo XX, en que ser anarquista era como hoy ser terrorista.

«Pero pronto Mason da lugar a lo que le interesa. Funda un diario, *La Mañana*, el primero fundado en esa zona, y ade-



más, escribe el primer libro de versos que se publica en esos finales del mundo, que él llama *Flores de Arauco*. En el diario, naturalmente, él dice lo que piensa y tiene un corresponsal, jovencísimo, que es su sobrino Neftalí Reyes. Y comienza, no a escribir poesía, sino a ser como un cronista que está criticando la ciudad en la que vive. Y lo hace con el vocabulario crudo de los anarquistas, incluso, en época muy temprana él habla contra el capitalismo explotador, y también tiene mucho ripio que caracteriza este lenguaje de lucha y combate, antes de ser poeta (...).

Voy a vivirme



Seguramente la banderola del pez sigue flameando en Isla Negra, en su casa de la playa o en el alma de todo Chile, el remoto lluvioso de los sures interminables o la pampa seca y palpitante de sal o el abundante cordillero o el que extiende la arena a las aguas pacíficas. He conocido a Neruda por su voz en versos y por Valentín, el entrañable Vol., hermano de siempre, que ha escrito sobre él y visitado los recónditos espacios de su sensibilidad, expresión poética, vida física, vientos y presencia hoy, llegado por su propio y poético —nerudiano al fin— camino, decidido a quedarse para izar su pabellón cada mañana: “Sucedo que voy a vivirme”.

Terminé de leer con lágrimas en los ojos el libro de Volodia sobre Neruda, ¡qué terrible que su último día sufriera lo que la muerte de Federico García Lorca le suscitó en el alma, pero qué tremendo servicio el de la poesía y los poetas, pues su entierro fue la primera manifestación contra



la dictadura fascista en Chile! El libro es un recuento de residencias en la tierra, viajes transoceánicos y profundos, preguntas y determinaciones militantes, tan ciertas como aquella poesía que deslumbró los ojos de Rafael Alberti, su *Canto a las madres de los milicianos muertos*. El fusilamiento de Lorca en el bosquecillo de Víznar, y la tragedia toda de España le cambió el mundo. Volodia afirma que le dejó todo claro, fue una revolución de todo su ser y de su poesía. De toda esa convulsión regresa a Chile otro poeta, otro Neruda. Cuando llegó donde la sal, en los parajes agrestes del desierto, puso el alma. Era el preludio de su compromiso social eterno. Aceptó el ofrecimiento del Partido Comunista al que ya pertenecía fielmente. Iría como candidato a Senador por la Primera Agrupación, las provincias de Tarapacá y Antofagasta, junto al presidente de la organización, el antiguo obrero del salitre, Elías Lafertte. Neruda solo preguntó cómo haría su campaña senatorial si le costaba hacer discursos. «No te preocupes. Si quieres la haces en verso», le respondieron.

Ese descubrimiento, lo confiesa después, nada podrá igualarlo en felicidad y en dolor. Pero cuando lo afirma, aún no están vivos los peligros que vislumbrará en Chile once o doce días antes del golpe. Alguien cercano intenta tranquilizarlo. «Te equivocas —ripostó parsimonioso— García Lorca era el príncipe de los gitanos, y ya sabes lo que con él hicieron».

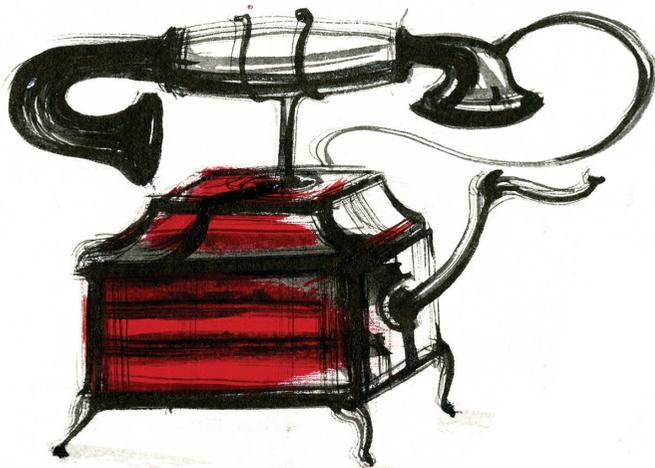
Cuando Neruda confiesa su satisfacción por la cercanía a la angustia del norte, aún no pronuncia aquellas palabras alucinadas y ciertas que durante una de sus últimas enfebrecidas noches, después de las noticias por la radio, de la muerte del compañero Allende, en medio del silbante traqueteo de los helicópteros sobre las techumbres desoladas de una ciudad triste y el recuerdo gris de los perros en el estadio nacional, repetía una vez y otra: “Los están fusilando, los están fusilando, los están matando” y quizás



en su delirio veía a Federico. Era como un regreso a lo hiriente de España.

Cuando es feliz aún no ha sucedido nada, no es tiempo de «ir a vivirse». En su entierro, las gargantas comenzaron a clamar por los asesinados de septiembre, aquel 23 de septiembre de peregrinación a pesar de las metrallas y el odio. Neruda fue el primer combate. Y en este invierno chileno de julio que se aproxima, cuando cumpla cien años, izará su bandera del pez en Isla Negra. Lo acompañarán los amigos. Volodia irá en el frío a verle resguardado por el viejo chaquetón «de origen losadesco» que le envió con un abrazo y un eterno: “Ven por estos lados”, su amigo Pablo Neruda.

Borges



Confesé, no sin rubor, que había abandonado la lectura. Lo hice, casi en un susurro, al oído de Volodia, que presentaría en la Feria del Libro su biografía *Los dos Borges: vida, sueños, enigmas*. Le mencioné el volumen que bien conocía: la edición de *Páginas Escogidas de Jorge Luis Borges* realizada por Casa de las Américas. Recordé cuánto había disfrutado el prólogo de Roberto Fernández Retamar en aquel texto publicado gracias a una circunstancia que se hizo posible «de modo casi azaroso, el 16 de septiembre de 1985», cuando Retamar pudo hablar con el escritor argentino, después de recitar por teléfono unos versos, palabras al fin, propiciadoras del encuentro que fue casi un milagro si se tiene en cuenta, como explica el poeta, que «Borges no había ocultado, todo lo contrario, su hostilidad hacia la Revolución cubana, además de otras tristes hostilidades y afinidades».

Luego, siguiendo el hilo de la conversación, le expliqué a Volodia que entonces estaba yo aún viviendo los primeros



tiempos de ausencia de mi madre en este mundo y que algunas de las páginas iniciales del libro me impresionaron tan hondamente que decidí no continuar leyendo. En realidad temía a los estados depresivos insondables que aquella pérdida había suscitado en mí, de un modo tan tremendo que sentía necesarios los insomnios de madrugada para no hundirme en los absurdos y angustiantes pasajes soñados. Mientras extasiada, maravillada, conmovida, leía los poemas de Borges *Remordimiento por cualquier muerte*, *La noche que en el sur lo velaron*, o *Los enigmas*, las palabras y la atmósfera creadas me regresaban instantáneamente al dolor y la desesperación: "...el muerto ubicuamente ajeno/ no es sino la perdición y ausencia del mundo./ Todo se lo robamos,/ no le dejamos ni un color ni una sílaba:/ aquí está el patio que ya no comparten sus ojos,/ allí la acera donde acechó su esperanza./ Aún lo que pensamos/ podría estar pensándolo él,/ nos hemos repartido como ladrones/ el caudal de las noches y los días". Realmente avancé muchas páginas más, sobre todo en la parte narrativa y de ensayística, pero los poemas decidí no continuar viviéndolos: "Yo que soy el que ahora está cantando/ Seré mañana el misterioso, el muerto,/ El morador de un mágico y desierto/ Orbe sin antes ni después, ni cuándo."

Han transcurrido ya casi 15 años y es diferente, no por olvido, sino porque el tiempo mitiga el desasosiego y la pena. Ahora me dije, conoceré al Borges retratado, descifrado por Volodia, sufrido y equivocado, habitante de un mundo paralelo, fantaseado, ajeno y cercano a los *Tristes Aires* de su tiempo. Después retomaré las líricas *Páginas Escogidas*, admiradas y abandonadas.

Volodia, a quien considero sabio por los libros, el mundo y la vida vividos, en la presentación de la biografía de Borges en la sala Nicolás Guillén, en la Fortaleza de La Cabaña, dilucidó el porqué se había acercado a esa vida «que no debe repetirse porque en ella hay tragedia», porque



hay dolor y sufrimiento en alguien que se reconoció como «Hombre desgarrado hasta el escándalo por sucesivas y contrarias lealtades». Al hablar de eso que llama Volodia, acto de comprensión dijo: “A veces me pregunto yo mismo, por qué escribí sobre Borges si no es comunista. Pues, por eso mismo, porque el comunista, el hombre de izquierda, el progresista, también necesita saber porqué un autor tan prominente y significativo puede ser tan atroz y ciego ante la realidad que ha proyectado el militar”.

Surtidor



La tapa del libro es negra, y uno imagina la extensión del espacio cósmico al mirarla, ¿será porque es preludio de infinitudes íntimas, reflexivas, líricas? En la foto, sentado en una butaca plegable de tela beige, que es seguramente por su textura una loneta resistente, de espaldas al rostro del libro, y mirando a los ventanales que dan a la luz, junto a los armarios abarrotados de libros, está Volodia Teitelboim, el chileno entrañable que se encuentra en Cuba, invitado al Premio Casa de las Américas y que hace unos pocos días, en la presentación del jurado de ese encuentro literario continental, evocó los 400 años de El Quijote, y el perfil solidario que puede reconocerse en el personaje de la novela de Cervantes y de la Revolución Cubana.

Viéndolo así, con su imperturbable gorra bolchevique de siempre, mirando al día, recuerdo versos de Rafael Alberti que lo definen de cuerpo y alma enteros: “No quisiera vivir en escapada,/ no me fuera posible aunque quisiera,/

Yo soy un hombre de la madrugada,/ comprometido con la luz primera/”.

Como Premio Nacional de Literatura 2002, y destacado memorialista, lo presentan las Ediciones Lom, de Santiago de Chile. «Lom —aclara la página de créditos— es palabra de la lengua yamana que significa Sol», y uno vislumbra feliz la coincidencia entre ese título y las páginas que siguen como iluminaciones a una vida intensa, maravilla que discurre en nuestro tiempo.

Fragmentos del eslabón perdido, historia de una apostasía (poemas encontrados), se titula el libro que ha puesto en mis manos anoche, con una advertencia de relámpago. «La apostasía no es política» —me dice en tono convincente, para aclarar después que se refiere a un momento de su juventud en que pensó que no debía escribir más poesía—. Volodia dice que este volumen se refiere a la poesía escrita en la lejana adolescencia y en su primera juventud. Naín Nómez que escribe en la contracubierta apunta que por las páginas de «esta breve pero intensa biografía de sus años juveniles que acompaña a sus poemas encontrados, desfilan personajes históricos y literarios que el poeta y ensayista conoció en vida como Huidobro, Neruda, Pablo de Rokha, Anguita o Gonzalo Rojas y otros, cuya obra y ejemplo alimentaron sus utopías como Rubén Darío, André Bretón, Paul Eluard, Guillaume Apollinaire, César Vallejo, Louis Aragon o Marcel Proust... Su testimonio en vivo de una época crucial en la historia del país, del continente y del mundo (la de la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, la República Socialista en Chile, los Frentes Populares, etc.) se integra con el rescate de un puñado de poemas publicados por el autor en diferentes revistas, en los cuales se aprecia su vena lírica, siempre ligada a temas cruciales como el amor por la vida, la presencia de la muerte y la solidaridad del precoz revolucionario».

Después de leer esas palabras, ya tiene uno la idea exacta de estas páginas como pozo profundo y surtidor de ideas.



Volodia sin olvido



«*L*a primavera llega haciéndose de rogar. Pero llegará de cuerpo entero». Volodia Teitelboim escribe junto a la ventana de cristal por donde penetra la luz del sol que calienta tímidamente la sala repleta de libros. Lo hace todos los días sobre la mesa de madera rústica, reponiéndose de un quebranto de salud y alma. Al atardecer una humeante taza de té y unas galletas reavivan la inspiración tras la modorra del frío mediodía. Hilvana los capítulos de *Por ahí anda Rulfo* como si se aplicara un tratamiento infalible. Con las palabras regresa de siglos y afirma su vocación optimista de sinfonía de Beethoven: “la primavera tarda, pero llegará uno de estos días” y “el invierno muy lluvioso se despide lentamente”. Las gotas que ruedan por la transparencia le evocan las geografías terminales y entrañables del sur. Lluve copiosamente como en Chillán, su ciudad natal, o como si fuera uno de los diluvios de Temuco, donde vivió su amigo Neruda y los hierros de la vía ferrocarrilera se oxidan con una prontitud pasmosa y eterna.

 Desde mi Habana • Katuska Blanco Castiñeira 

¡Ah! su imaginación recorre la plaza del mercado de Chillán que es una incitación olorosa a canela, una gloria matizada por el borgoña color del vino, los restallantes verde, rojo y amarillo de las frutas y legumbres, sin que falte el más tenue y discreto almendrado de las semillas y especias secas en medio del vocerío de los vendedores y el bullicioso transitar de los clientes asiduos o los curiosos de paso. Persiste el gozoso esplendor vegetal en el recuerdo de Volodia quizá como reminiscencia de otros ámbitos familiares llegados desde Ucrania y Moldavia, lugares del mundo desde donde sus padres judíos, llenos de esperanza, peregrinaron hasta Chile, este país alargado de múltiples aproximaciones a la infinitad, los cataclismos, la muerte y la luz. La luz, por cierto, tan nítidamente blanca o translúcida, a veces se torna azul en la retina o el hielo. Volodia siente que el clima lo habita. Su cuerpo es el tiempo, es invierno que se despide y da paso a la calidez y la alegría solo si consigue escribir... Se adentra durante varias jornadas en las conversaciones con Rulfo a quien perfila en las hojas de papel. Comienza por los diálogos sostenidos sobre el bamboleo de una lancha de recorrido por el Gran Canal, en un viaje a Venecia. Ambos viven de modo muy peculiar el paisaje delicuescente bajo el Puente de los Suspiros. Volodia habita la tierra firme, pero Rulfo viene de una Ciudad de México sobre las aguas, de navegar Xochimilco... El chileno anota, describe, reflexiona y rememora en su sitio junto a la ventana que da al jardín. Después de varias semanas, cumplida la faena, dicta con fecha 15 de agosto de 2005, el mensaje de correo:

Cariños para la Sagrada Familia. Nada de resfríos. Aquí mejoramos. Se confirma la recuperación. Faltan todavía unos días de convalecencia. Hemos trabajado en serio. El libro "Por ahí anda Rulfo" ya está entregado a la editorial. Se programa su presentación para el 5 de noviembre, en la Feria del Libro de Santiago. Estamos



muy contentos por los compañeros cubanos detenidos en Estados Unidos [se refiere a la decisión de la Corte de Apelaciones del Onceno Circuito de Atlanta que revocó las injustas condenas y ordenó un nuevo juicio en el caso de nuestros Cinco Héroes prisioneros del imperio, agosto de 2005]. Es un gran triunfo de la solidaridad de los pueblos. Besos, felicidades, abrazos...

«La Habana dejó atrás los huracanes»... Mis dedos se deslizan presurosos por el teclado de la computadora. Mientras tecleo para poner a Volodia al tanto del clima en la Isla y de todos los cotidianos asuntos de nuestras vidas, recuerdo el día cuando lo conocí. Pocas semanas antes el diario chileno *La Tercera* había publicado en su primera página un reporte titulado: “Volodia Teitelboim apoya a Fidel Castro”. Después transcurriría junio de 2003 y con su presencia en el Congreso de Cultura y Desarrollo ratificaba su postura solidaria. Terminado el discurso, bajó las escaleras desde la tribuna en el Palacio de las Convenciones. Fue entonces que me acerqué. Volodia, el abogado, político y notable escritor chileno se conducía con total desenfadado y sin falta, llevaba su usual gorra bolchevique que hacía ver el fervor con que defendía sus convicciones revolucionarias. Tenía una apariencia robusta y sabia, como quien llega limpio y leal a la vuelta de múltiples bifurcaciones y trayectos.

Entonces fue el origen, como podría decir bíblicamente. Charlamos ese atardecer y ya desde entonces entreví el amor tremendo de Volodia por Cuba la bella, como él nombraba siempre a nuestra tierra. En septiembre de ese mismo año se publicó el libro *Todo el tiempo de los cedros* y poco después recibí su opinión, que ahondó nuestra proximidad por encima de la distancia que hacían montañas, llanuras continentales y mares. Luego volvimos a vernos cuando estuvo en Cuba como Invitado de Honor al

Premio Casa de las Américas y para presentar entonces su último libro *Los dos Borges...* y una nueva edición cubana de la biografía de Pablo Neruda en la Feria Internacional del Libro de La Habana. Recuerdo que en la charla exquisita se agolpaban los más disímiles e interesantes temas como ecos de lo vivido. Volodia habló de los tiempos en que el Comandante Fidel andaba de un lugar a otro en su jeep, a galope del cual recibía y llevaba visitas en incansables recorridos por los campos. Dijo que el jeep era como un Rocinante para Fidel. Evocó que 400 años atrás se había publicado *El Quijote* y afirmó cuánto de *Quijote* tenía Cuba. «El *Quijote* era solidario —afirmó— y no hay obra más solidaria que la Revolución Cubana». Gabriela, Pablo, Donoso, Huidobro, la situación chilena y su visión propia, la esperanza continental depositada en las Revoluciones Cubana y Bolivariana de Venezuela, en Fidel y Chávez, y el interesante y alentador panorama latinoamericano eran puntos del itinerario dialogado. Al despedirnos y obsequiar uno de los tomos de su autobiografía *Fragments del eslabón perdido, Historia de una apostasía*, casi como un relámpago aclaró: “la apostasía no es política, alude al momento en la juventud en que pensé no escribir más poesía”.

La lectura de sus libros completó la idea del hombre, de la leyenda que había ido tejiendo de combate en combate en la eterna batalla, con una consecuencia perdurable, siempre apegada a su militancia comunista y al lado de la Unidad Popular en su Patria, y, más allá de sus fronteras: a la Revolución Cubana, a su líder Fidel Castro, y a los pueblos de la América Latina y el mundo, a la humanidad. Un sentimiento de gratitud hacia él explica la vehemencia al engrosar una correspondencia de intercambio de correos que hacía la urdimbre maravillosa de una amistad.

Querido Volodia:

Es cierto que la mejor medicina para el cuerpo y el alma es el trabajo y sobre todo si de él fluyen, como cata-

ratas de sabiduría, sus libros que a mí me parecen en el caso de las biografías, expediciones a la vida de seres excepcionales, viajes de descubrimiento. Se apunta un universo en la página: aguaceros interminables del sur inundándolo todo, la paradoja de un patio enrejado, amores intensos y maltrechos, aconteceres políticos, lealtades y deslealtades, misterios de las literaturas, pensamientos contradictorios y pasiones, cajas de música y veladores, objetos cotidianos que ya son reliquia; golpes de esos del decir valleiano como del odio de Dios, como aquel que sufriera Pablo en España con la muerte de Federico... y el tiempo, el florecido en diciembre austral o mustio en julio y agosto de hemisferio antártico, y el otro, el insondable que transcurre y se acaba. Todo lo apunta usted para regocijo nuestro. Es verdad su autodefinition: sobreviviente de épocas y siglos que conocemos por esas cuartillas suyas de cada día, escritas con la voluntad de eruirse que comparo con la de un cedro conocido.

Un abrazo cariñoso para usted y para nuestra estimada Jimena (...)

La casa de Ñuñoa

En su modesta y en primavera cálida casa de Ñuñoa estuve el 1.º de noviembre de 2005. Lo encontré físicamente repuesto. Del espíritu como un roble, a pesar de los vendavales. El album de fotografías con Fidel fue una sorpresa para él. Las imágenes repasaban muchos años de su vida y momentos cumbres, como aquellos en que todos sonreían a la cámara junto a Salvador Allende y al Comandante, quien recorría la hermana nación chilena en su visita de noviembre 1971. Volodia se detuvo en ese detalle, en la felicidad que expresan todos los rostros que captó el fotógrafo entonces.

 Desde mi Habana • Katuska Blanco Castiñeira • 95 

En la charla recorrimos varios caminos, el principal: el cedro, de la raíz a sus amplísimas ramas, pasando por diversos temas como su respeto al sentimiento del pueblo en materia religiosa; su capacidad tremenda de soñar y acortar la distancia entre los sueños y las realidades; la costumbre cotidiana de las conversaciones largas con las muchedumbres, como si fuera una cita de clases con un maestro y el dominio que por eso mismo tienen los cubanos de numerosos asuntos, desde las posibles trayectorias de los ciclones hasta la historia de los pueblos, todo lo cual les confiere la resistencia y serenidad que falta a otros y la convicción del sendero elegido. Comentamos de Gabriela Mistral. Le dije que a pesar de que la admiraba por su cercanía a José Martí y ser tan cordillerana como el Apóstol, yo era nerudiana porque he preferido siempre la compañía del mar. Para mí el mar resulta horizonte, infinito, libertad; es nuestra Isla y sus bordes abiertos al mundo, su dimensión volcada a los demás. Gabriela no, ella es más apegada a la sierra y las olas la irritan «Al mar le falta el silencio» — decía. Pero a mí me parece silencioso el rumor del mar. Recordamos también las palabras de ella al reconocer con amargura que Chile valoraba sus recursos materiales: sus ríos y cordilleras pero no del mismo modo sus recursos espirituales. En Cuba — coincidimos — los recursos espirituales se valoran intensamente, «tal vez va en ello también la clave de nuestro misterio» —le digo. Volodia añade la desnudez espiritual en que la dictadura pinochetista sumió a Chile, algo heredado amargamente palpable.

Le pregunto sobre la amistad nacida en Brasil entre Gabriela y Stefan Zweig quien se suicidó porque «estaba convencido de la victoria de Hitler y ya eso era un desastre». Volodia recordó a un hermano del novelista austriaco. «Tenía un hermano comunista y luchador y escribía», agrega el dato desconocido. Lo hizo sobre Marlene Dietrich con acierto y Volodia no lo olvida. De ahí la conversación versó

sobre el filme *La caída* que refiere los últimos días de Hitler; y así, a saltos, abordando uno y otro punto conexos o no, vivimos dos horas como si se tratara de apenas unos breves minutos. En el final, con una luz optimista habló de la movilización popular en todo el continente. Va sin falta a la presentación de *Todo el tiempo de los cedros* en la sede de la Sociedad de Escritores de Chile. Me conmovió al decir que la primavera había llegado conmigo a su casa, mientras un solecito discreto calentaba el atardecer.

Marina y un homenaje

En el patio colonial de la Casa Guayasamín en La Habana volvimos a encontrarnos en diciembre de 2006. Lo escoltaba amorosamente su hija Marina, de nombre nerudiano y alegoría quizás a olas del Pacífico inmenso o a lienzos de azul profundo. Volodia llegó para el homenaje de la Fundación Guayasamín por los 80 años de Fidel. Ya los médicos habían sugerido dejar a un lado los viajes, pero él insistió y no quedó otra alternativa que refrendar su determinación de alcanzar la Isla y así, allí estaba él, con sus casi 90 para «desear todo lo mejor al compañero Fidel». Yo le había escrito antes, al morir Gladys Marín y apreciar las multitudes que le tributaron el adiós, volcadas a las calles y los balcones de Santiago.

Querido Volodia:

Nunca en los últimos años habíamos vivido en las tardes tan copiosos aguaceros, y en días nublados, pero intensamente cálidos, como siempre, los recordamos a usted, a Jimena y a todos los chilenos solidarios con Cuba. No perdemos en casa una sola de las noticias que llegan de allá, donde confirmamos la existencia de caudalosos ríos subterráneos, que son una esperanza y bajan por la vida con la fuerza de los torrentes desde Los Andes.

Leí lo escrito por usted sobre el Comandante y su fortuna, lo cual no fue sorpresa para nosotros, porque siempre va usted a la vanguardia en la eterna batalla. Por estos días me emocionó mucho leer en la cronología del Comandante, en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, los apuntes que transcribo: “19 de abril de 1971. X Aniversario de la Victoria de Girón. Tiene lugar acto conmemorativo en el Palacio de los Trabajadores, en la CTC. Pronuncia un discurso Volodia Teitelboim, Presidente de la delegación chilena que visita nuestro país. El resumen estuvo a cargo del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz”.

¡Ah, cuán entrañable es nuestra vieja amistad! Recuerde que en Cuba tiene familia que lo aprecia por tantos abrazos a lo largo del tiempo. Cuídese la salud para que podamos vernos en el homenaje de los 80 del cedro, que de algún modo será para nosotros también la posibilidad de estrecharlo por sus 90, el abrazo, efusivo.

Poco después el escritor respondió:

Gracias por el abrazo efusivo que se corresponde con todo afecto.

Hoy o mañana recibimos oficialmente el invierno. Junio ha sido un mes gris con muchos recuerdos y tiempo frío. Esa mención al 19 de abril de 1971 —un cuarto de siglo— fui a Cuba por encargo de Allende para invitar a Fidel que viniera a Chile.

Estoy siempre pendiente de las noticias sobre Cuba y espero poder saludar al Comandante en sus jóvenes 80. Lo saludará uno de 90, no tan joven pero que sigue trabajando como un joven un poco gastado.

Cariños para la madre, el padre y la gloriosa patrulla infantil.

En un mensaje previo al 13 de agosto de ese mismo año había escrito refiriéndose a Fidel: “Saludamos su vida, su obra colosal, su noble fidelidad a los principios trabajando por Nuestra América martiana”.

Por aquellos días de invierno frágil aquí disfrutamos de su presencia en las sesiones del evento que tuvieron lugar en el Palacio de las Convenciones, donde su palabra se escuchó con la sabiduría de los pueblos antiguos y después, en una velada en la residencia del embajador chileno en La Habana, junto a otros seres que Volodia siempre tenía en cuenta en sus citas: Roberto Fernández Retamar, Adelaida de Juan, Aitana Alberti y Alex Pausides, entre otros. Aquella noche celebré la bella presentación de *Por ahí anda Rulfo* y le comenté que había visto, la edición cubana de *Gabriela Mistral, pública y secreta*, en numerosos puestos de ventas en diversos lugares del país. Me aseguró que las cubanas, eran las ediciones más bellas para él, porque aunque modestas eran las que tenían una suma más pródiga de lectores. Luego supe que los derechos de todos sus libros habían sido donados a Cuba y por eso era posible hallar en los anaqueles de cualquier librería sus obras fundamentales.

Aquella noche los reunidos allí conversamos largamente con Volodia. Fue en nuestro caso, tal como lo intuimos entonces y efectivamente sucedió, la última vez que lo vimos. Ya me pedía que le hablara cerca, al oído, para escucharme bien, y luego me ilustraba con una catarata de conocimientos y una capacidad de vislumbrar más allá del tiempo, con el deseo de que el futuro nos sonriera y multiplicara a Cuba su variada hermosura en todas las direcciones.

Sus mensajes a lo largo del 2007 corroboraban su amor por Cuba. A mi regreso de Lánacara, en Galicia, España, escribió:

(...) Me alegra mucho ese recorrido por España y la visita a la Galicia natal del Hombre. Siempre espero buenas noticias de él. Leo todos sus artículos. Tengo jornada normal de trabajo, con derecho a reposo, cuando el cuerpo lo pide (...)

Volodia, como decía su infaltable Jimena, fiel secretaria por casi veinte años, estaba siempre muy dispuesto a superar todas las vallas y el cariño de los amigos le ayudaba a hacer esa tarea más placentera. Fidel lo percibió siempre modesto y decente y lo mencionó como ejemplo de militante comunista, cuya lucha dio sentido a su vida. Cuando supo que ya no existía aseguró: “No diré que ha muerto. Pasó a vivir en las ideas. Nutrió las filas de los que luchan y seguirán luchando por aquellos sueños”.

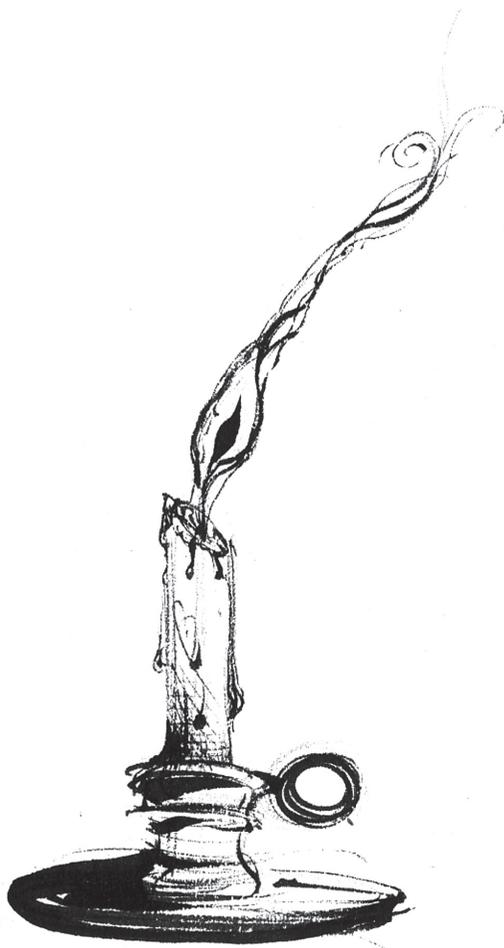


*La finalidad del arte es dar cuerpo a la esencia
secreta de las cosas, no el copiar su apariencia.*

ARISTÓTELES



*El ave blanca
que surca el **cielo***





swaldo Guayasamín viene sin cansancio por las vereditas de la Cordillera al Archipiélago, viene de un viaje profundo, desde los tiempos antiguos, los volcanes y el viento, es ala multicolor en lienzos de llanto, ira y ternura, voz de quenás angustiadas, arcilla cocida con los hombres de su tierra en el fuego de la historia, del drama de la conquista y colonización y la certeza de los mestizajes. Todo Ecuador llega con él desde la selva amazónica, los páramos y la costa pacífica, y se detiene aquí y nos gana el alma con su amistad fraterna de cántaro ancestral. Viene sin fatiga el «ave blanca que vuela» que es lo que Guayasamín significa en lengua de los quechuas, y permanece entre nosotros como metal enraizado en el alma de Los Andes para unirnos, para ofrecernos su vida en lo difícil, en el riesgo frente al imperio, para darnos el abrazo en la dignidad y la lucha.



Cuando la invasión mercenaria por Playa Girón, Guayasamín fue en Quito donde los cubanos de la misión diplomática revolucionaria; ardía en su pecho la indignación y el ansia solidaria de un hermano. Poco después fue posible el encuentro entre el pintor —también poeta en la mirada y cantor en tonos quebrados y nostálgicos, y buscador de reliquias y raíces aborígenes—, y el Comandante Fidel Castro, cuya leyenda se había espigado, frondosa y alta, con la lucha guerrillera en las montañas de la Sierra Maestra.

Durante la inauguración de la obra magna que el pintor soñó y no vio concluida: *La Capilla del Hombre*, Fidel evocó la magia vivida entonces y apenas sin percatarse dibujó con palabras al pintor en cuerpo y sentimientos: “Recuerdo aquella vez decía, muy al principio de la Revolución Cubana, cuando, en medio de agitados días, un hombre de rostro indígena, tenaz e inquieto, ya conocido y admirado por muchos de nuestros intelectuales, quiso hacerme un retrato.

«Guayasamín fue tal vez la persona más noble, transparente y humana que he conocido. Creaba a la velocidad de la luz, y su dimensión como ser humano no tenía límites. (...)».

Fidel le agradecería siempre el conocimiento más honrado de la tragedia que fue la conquista y colonización de Nuestra América, el genocidio y las injusticias cometidas contra los pueblos autóctonos del continente, dolor punzante que habitaba todo el ser de Guayasamín y que hizo de su obra una denuncia perenne.

Guayasamín y Fidel tejieron una urdimbre de afectos sin olvidos, amalgamada por el afán eterno de servir a la reivindicación de los humillados. Para Fidel, el artista fue un «genio de las artes plásticas, un gladiador de la dignidad humana y un profeta del porvenir».

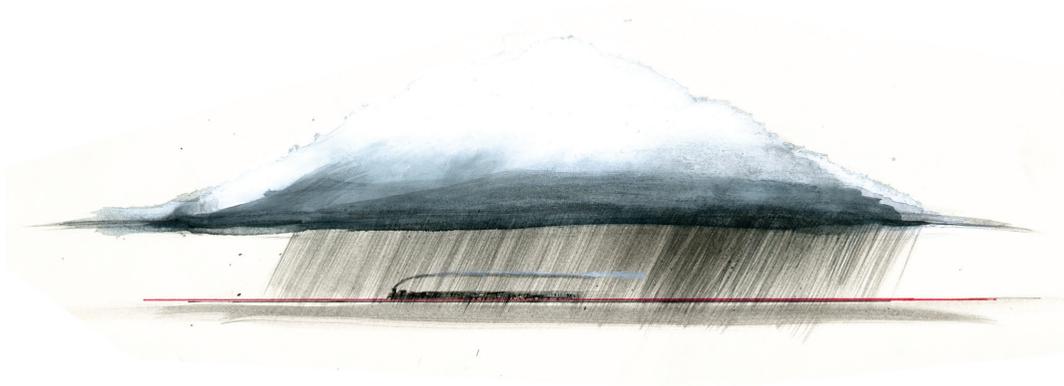
Cuba recibió del pintor gestos de lealtad conmovedores, como aquel de hospedarse en un hotel en nuestra Isla cuando arreciaba la campaña atemorizadora enemiga que había sido precedida por la colocación de bombas, o aquel



otro de desprenderse de la *Niña Azul*, con el deseo de que su venta nos permitiera obtener fondos para cuadernos escolares.

Por todas esas razones, el ave blanca sigue llegando a nuestro cielo. Una vez confesó: “ya no morimos”, y era verdad su buen augurio. Guayasamín pidió que mantuvieran encendida la luz para volver, sin saber que él mismo, desde la humedad de una vasija de barro, sería un fulgor que ilumina sin ausencias.

Pintar un párrafo





irada prendida de los perfiles, iluminaciones y sombras en los lienzos, atenta al tenue o rudo deslizarse del carboncillo sobre las cartulinas, perspicaz anotadora del alma que asoma en lo pintado, dibujado, grabado, a Adelaida de Juan le brillan las palabras cuando habla de lo que José Martí delineó al borde de los márgenes o a toda página en sus cuadernos de apuntes.

La Jiribilla prohibió por estos días el recuento de Adelaida, sobre aquellas realizaciones «a vuelapluma y sin retoque alguno», como ella denomina el rasgo fugaz y meditado sobre el papel, que dio a luz figuras desconocidas, bustos, cabezas, palmas, columnas, vasos, detalles, autocaricaturas como la asociada a la figura yacente del Chac Mol de las ruinas indias de Chichén Itzá, o retratos como el de Bolívar, estampa fiel en lo trazado del pensamiento sobre el Libertador —recuerda Adelaida—, pues al pie del dibujo Martí anotó: “Mirada devastadora como hecha para penetrar



hombres y montes; enjuto como espíritu puro; triste como hombre alto; de labios gruesos y casi belfudos, como de hombre hecho a vindicar palabras hervidoras, de frente, que ofrecía ancha plaza a la luz, surcada...”, la descripción martiana se interrumpe de súbito, corrobora un nexo, una consonancia —señala Adelaida— entre el apunte escrito y el dibujado, en que se aprecia la capacidad expresiva de Martí en ambas formas de comunicación.

Adelaida nos abre los ojos a un mundo mínimo y profundo en José Martí y menciona una pregunta del propio Maestro, como afirmación en quien sentía vocación compartida, tal vez desde los tiempos en que ingresó en la clase de dibujo de la Academia San Alejandro en La Habana, en el remoto 1867: “¿Quién tiene ojos y no es pintor?”.

Adelaida menciona aquella vez, cuando él confió en 1889, en una carta a su amigo Miguel Tedín que se daba «un día de cuadros cada mes, para que me entre el alma en romance y color».

Y ahora, leyendo esta bitácora del arte en José Martí, que pone a nuestros ojos Adelaida, recuerdo algo que él mismo escribió en frenesí creador y fecundo. Explicaba cómo escribir un párrafo es pintar un cuadro, y creó en el intento mismo de fundamentar esa convicción, una deslumbrante obra de arte, muestra de su fineza como artista: “Hay algo de plástico en el lenguaje, y tiene él su cuerpo visible, sus líneas de hermosura, su perspectiva, sus luces y sombras, su masa escultórica y su color, que solo se perciben viendo en él mucho, revolviéndolo, pensándolo, acariciándolo, puliéndolo. En todo gran escritor hay un gran pintor, un gran escultor y un gran músico. Un párrafo bien hecho es un trabajo de armonía más sutil y complicado mientras más fino sea el artista”.



Taconeo en la memoria,



 Sus taconeos intensos y vehemencia revolucionaria estremecieron otra vez el entablado de nuestra memoria cuando Silvio le dedicó el concierto en la Plaza de la Revolución. Mientras las metáforas del trovador alzaban vuelo como mariposas nocturnas, abrazadas por la sinfonía maravillosa de los músicos que expandían su alma o aquietaban sus ímpetus, guiándose por la volcánica pasión y el prodigio de la excelencia del maestro Leo Brouwer, Antonio Gades arribó definitivamente a Cuba, al puerto de su vida.

Todo él latía en la noche, como si fuera ese el instante ideal para desembarcar entre nosotros de su pequeño velero Luar, nombre que su compadre Raúl tenía en la guerrilla y era el mismo Raúl pero pronunciado o escrito a la inversa.

Los versos, la voz de Silvio, ese poeta de ahora y de los tiempos venideros, ese poeta de pacífica profundidad oceánica, amazónicas imágenes y consecuencia cabal —sin



mencionarlo—, lo recordaba en su militancia robusta de hombre bueno y de comunista sin rubores en los parajes agrestes de la vieja Europa.

La poesía de Silvio y la música de Leo Brouwer que es como decir música celeste, música de ángeles, esa conjunción exquisita, y el espectáculo grandioso de una orquesta al pie del José Martí de la Plaza, evocaba al danzador de una manera vital, especial, pues a cada acorde recordábamos el ímpetu, el ardor y el delirio de sus movimientos, a los que acompañaba una vida leal, consecuente, de efusivos sentimientos hacia Cuba y su Revolución.

Hace pocos días, Alfonso Sastre publicaba una fotografía «como documento de un tiempo en el que los grandes intelectuales y artistas acudían a las grandes convocatorias por la paz, y de hecho, a favor de la resistencia armada contra el imperialismo». En la foto aparecen personalidades como Jean Paul Sartre, Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias.

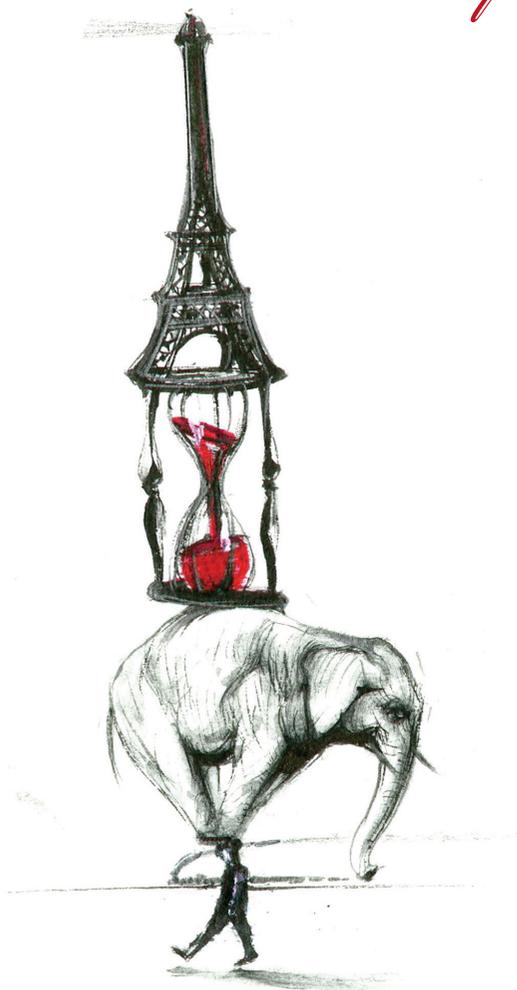
Pensándolos, recordé también a Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Nicolás Guillén, Paúl Roberson, Rubén Martínez Villena, Tina Modotti, Oscar Niemeyer, Jorge Amado, Miguel Hernández y Pablo Picasso, entre tantos, tantísimos otros geniales artistas, también militantes de la vida y de los cambios sociales como seres de avanzada, de Revolución.

Especialmente recordé a Frida Kahlo de quien hace pocos días se cumplieron 50 años de que pasó a ser poesía. Aquella Frida comunista que hizo del arte, el amor y el dolor una misma cosa e irrumpió transgresora y audaz, en el México de su tiempo.

Y de súbito, siento que esa multitud apretada de músicos talentosos, junto a Leo Brouwer y Silvio Rodríguez, pertenecen a la estirpe que acompaña eternamente a las revoluciones y a las ideas más avanzadas en cualquier tiempo terrestre o cósmico.



*Dejar atrás febrero
en Montparnasse*





Julio Cortázar sostenía entre sus dedos larguísimos y ecuánimes, el pequeño reloj de arena. Las blancas cortinas rozaban el cristal de las ventanas al compás del airecillo de invierno en París que las inflaba levemente..., solo de a ratos dejaban ver la reja del balcón y un trozo de la ciudad gris afuera. Las partículas caían con lentitud y el tiempo efímero demoraba. De súbito, casi como en escapada, la lluvia de polvo apuró su languidecer y terminó, pero él no se inmutó, no invirtió el vacío, no le pareció que en ello le fuera la vida. Era ocre y húmeda la luz que penetraba por los resquicios de las puertas y las ventanas cerradas. Nadie podría reconocerlo, se dijo. Siempre se figuró a sí mismo menos sombrío, menos grave, con una talla desmesurada para su ingenuidad de azules desteñidos, sus afanes inquietos y predisposición jubilosa, llena de fantasías. Sus ojos transparentes miraban tristemente, con fuerza apacible bajo una frente estrecha que no podía insinuar el cosmos a su abrigo.



Desde mi Habana • Katuska Blanco Castiñeira

Ahora admitía que sus clases, traducciones, escrituras y toda su vida anterior tenían otro sentido, no un sin sentido o sin sentidos, pero sí un sentido extraño al de hoy, había estado ausente del espacio develado, consciente de las existencias dolidas pero inerte, en un ámbito entrañable que tendría que cambiar con todos los fuegos y el fuego, también el de las ruinas y santuarios. El fuego disminuye o privilegia, desaira o enaltece. Fue como dejándose arrastrar por esa euforia constante, perturbadora, colectiva. Era sido como una iluminación. Su ardor cotidiano y fabulaciones comenzaron a ser románticos en el territorio de los dioses desconocidos; sumergidos en la meditación de la nada, del cero matemático, adoradores del sol, la luna, las araucarias, las aguas, los delirios del sacrificio, los imanes, la energía, las piedras en el camino vertical y concéntrico del pasado. Él no era uno solo, lo habitaban varias probables variaciones de la inocencia en universos inagotables. La vida le descubrió otros individuos dentro de sí y orbes infinitos en dialécticas espirales al futuro, tal vez el destino fue llevándolos a la confluencia y para que fueran en definitiva uno solo y tantos, no podían faltar los anteriores. Habría de ser al mismo tiempo el otro, vivir como él, escribir como él, ciego y viejo referente admirado, de cuerpo, rostro y manos borgianas, consumidas en el tanteo al final.

Como un intruso, él mismo se deslizó subrepticamente en el recinto cálido de su intimidad. Intentaba al oscurecer aprehender cualquier indicio que le fuera dado, un tramo de vía férrea acompañada de estatuas, un adiós a una gota, una trompeta silenciosa, la nicotina en la punta de los dedos y los dientes, las escrituras de pájaros y bandadas de palabras, objetos inverosímiles como escarabajos petrificados, tangos y frialdad en la sábana que una vez los arropó, la sombra del sillón en la tarde, nocturnas caminatas de los puentes a las piedras y al farol, los viejos carteles de una obra que no se



reponía en los teatros, las escaleras, los peldaños. Escudriñaba con frenesí en los gaveteros, paladeaba los olores de la habitación, los rumores de las cosas y de su pensamiento, llenándose... buscaba enfebrecido el pasado en la cámara fotográfica de Carol Dunlop que permanecía allí y en su corazón a pesar de su viaje a un tiempo antiguo. Con absoluto descuido él se había desvanecido en brazos de Aurora Bernárdez, decidido a reencontrarse en otra galaxia con Carol, y después mientras Ugné Karvelis dictaba con resonancias lituanas las promociones de sus obras, se le hacía imposible faltar a las citas memoriosas, asistía enfundado en la mítica irremplazable de su ausencia, con su infaltable abrigo negro y su voz de erres maltrechas al viento, en el minuto preciso cuando llegaban los invitados y él, como uno más, miraba a todos lados con el rabillo del ojo entre consternado y divertido.

Arrastró hacia sí la butaca y se dejó caer si eso era posible a la nada. Luego, reclinado en la comodidad, reparó en la pequeña pieza de arte en cuyo interior las arenas medían, retrasaban o apuraban los instantes. La sala de paredes lisas y suelo entablado, permanecía casi a oscuras y la noche era de barro mientras llovía. Se incorporó despacio. A la luz tenue de una lamparita de brazo alargado, observó la máquina de escribir en que continuaría siempre novelando sus figuras, algunas de las infinitas dimensiones probables y simultáneas de la rara y maravillosa experiencia del vivir, a pesar de las admoniciones de muchos y los reparos de otros sobre aquella portentosa y útil rareza, primigenia y portátil Remington, Underworld o sabe Dios qué, sobre cuyo teclado fulguraban iluminaciones verdes y revoloteaban mariposas. Luego se decidió a su faena porque las ideas convertidas en obsesión reclamaban el sosiego de fluir, despeñarse de una buena vez en torrente... pulsó rápido los tipos y escuchó entre los mecanismos, un susurro de risas y voces, imaginó las leves sonrisas con que

el protagonista de la historia burló el rigor de los entrenamientos, suspicacia que le valió planchas disciplinarias como correctivo pueril.

El escritor tenía conciencia de ser imaginado en las cuartillas, imperfecta búsqueda de la perfección, insinuado en el roce de la memoria, ajeno al goce de la percepción, sombra definitiva. Todo estaba terminando para él o quizás ya todo habría acabado, lo presagió: espectro que de pronto podría desaparecer en mitad de una frase en La Habana. Todo era real. La lámpara, la máquina de escribir, el pisapapeles de cristal, la desmesura en el amparo de algunas de sus narraciones, la nostalgia por el boxeo de esquivas y habilidades casi perdido y añorado como una antigüedad; la noche y el reloj de arena, el gato, el jazz de sus ansias, y la ternura de su inspiración en el fragor bullicioso del Café Old Navy del Boulevard de Saint Germain donde solía escribir sin respiro; pero él, siendo el mismo, había cambiado desde la convulsión, ya no podría hacerse a las esquinas, se lanzó al centro del torbellino, a la cuartilla en blanco, subido al tren miraba por detrás de los espejos en medio del incendio y se apartaba de Jorge Luis Borges. La Isla de los asombros lo abarcó en el abrazo. Fue una revelación del gran vacío político, de la inutilidad política en él, en el de antes, no en esta metáfora de ahora, aguda y generosa, de innumerables vehemencias por un mundo más natural, por una humanidad más humana, fervores que aún reconocía pálidos frente a otros validados bajo el fuego. Imaginaba su existencia en el hombre de agónico respirar y convulso aventurarse vapuleado por el oleaje o la ferocidad de las balas. Él que era un argentino nacido en Bruselas, crecido en el suburbio bonarense de Bánfield y caminante en París, dormía entonces, levitaba en mundos diferentes, paralelos. Después, sus palabras reunidas vislumbraban admiradas a su compatriota Ernesto, mientras absorbía la impaciencia y palpataba en él, cambiado a su influjo, y tecleó, tecleó primorosa y frenéticamente...



Para el escritor que olvidó el tiempo, obsesionado con la descripción del héroe, el argentino hermano a quien nunca vio, se afirmaba como rotunda y superior novedad del ser limpio y bueno, temido por la muerte, volcado a los demás, exquisito en la insensatez, temerario en ideales, creador de revoluciones nobles y audaces; ideal frágil en la realidad de las heridas: viviente a pesar de su cuerpo blando y céreo e insensible al frescor de las aguas en la lavandería... el hilillo tinto borboteando de los agujeros, llevándose en lentos espasmos la memoria y los versos de Boudelaire, de las *Flores del mal* al «*albatros que sus grandes alas blancas arrastra tristemente como dos remos rotos sobre la embarcación*», el violáceo surtidor descujando pálpitos, clavando la mirada en un punto fijo, tal vez en el último río vadeado, en la caricia a una mujer, en el cielo de Valle Grande o el techo de la escuela endeble; el pensamiento fijo en otro Comandante, jefe de la expedición a la aventura de los siglos contra las corrientes del golfo y las tempestades del Norte.

Cortázar detuvo sus dedos sobre los mecanismos de la caja de escribir. El frío se instaló en sus tobillos, en sus huesos desnudos. Reclinó la espalda en la butaca y encendió la pipa desbordada de picadura. Los sahumeros condensaron el aroma vegetal en el aire. Antes había recreado los recuerdos del médico en el combate de Alegría de Pío cuando herido y sin salida, recordó un viejo cuento de Jack London donde el protagonista se decidía a acabar con dignidad su vida; pero en este instante fuera de los segundos, los minutos y las horas, se preguntaba si sería posible concebir su intensidad excepcional, conjeturar la culminación de ese carácter moldeado en el mejoramiento por una voluntad tenaz, fantasear su estirpe. Podría soñarlo y nunca estaría ahí de cuerpo entero, tal de impecable, hermoso e íntegro, hombre nuevo y preámbulo de un cadáver florecido en las cavidades: los ojos, la boca, la caja torácica...

Con la espalda recta y la vista en el papel del rodillo, volteó el reloj de arena sobre la mesa. Mirando el transcurrir de las minúsculas partículas saladas, cadenciosamente regular, fino cauce del tiempo que discurría, se dijo: «*lo impensable es posible*». Inmerso en una vida tumultuosa y comprometida, viviendo las revoluciones necesarias como giro y renuevo auténtico de la realidad y los mundos de su literatura, el aliento de escribir sublimó en sí el deleite por los vocablos, los significados de las cadencias, las remembranzas y las asociaciones poéticas. Sintió la humedad ¿estaría al borde de las dimensiones? El otro permanecía en la ausencia y de algún modo él también se quedaría perenne en esa criatura quijotesca, en ese polvo cósmico. Alguna vez le tomó la voz y siguió su sombra, como ambos en uno, como todos los probables seres que los vivían en una sola existencia. Podría sucederles como al soñado de los círculos en ruinas, invulnerable al fuego y humillado, pero a ellos les ardía la piel, confirmación ineludible de su tangibilidad, del porte físico de su presencia. La palabra era un destello y aún pensados, soñados por sí mismos en la indagación continua y estricta de lo alcanzable en altruismos y rigores, eran estructuralmente corpóreos. No había solemnidad en sus huesos y en sus carnes. No ascendía en lengüetas voraces, la hoguera que les quemaba a los dos, a los tantos, a las muchedumbres. Ellos ponían a prueba de exaltación y hastío sus esperanzas, a prueba de ráfaga, al quemante olor mineral del estampido, del disparo, mientras detrás de la noche seguían la estrella elegida.

La claridad seducía a los espacios. El que escribía lo hacía sin desdeñar el delirio, mientras la cinta magnetofónica giraba en silencio al final de las grabaciones y las arenas. De súbito decidió salir a la calle, dejar atrás febrero en Montparnasse. Cuando regresó ya no le fue posible reencontrarse. Julio Cortázar era un hombre de cabellos blancos que nunca se había movido de Buenos Aires.

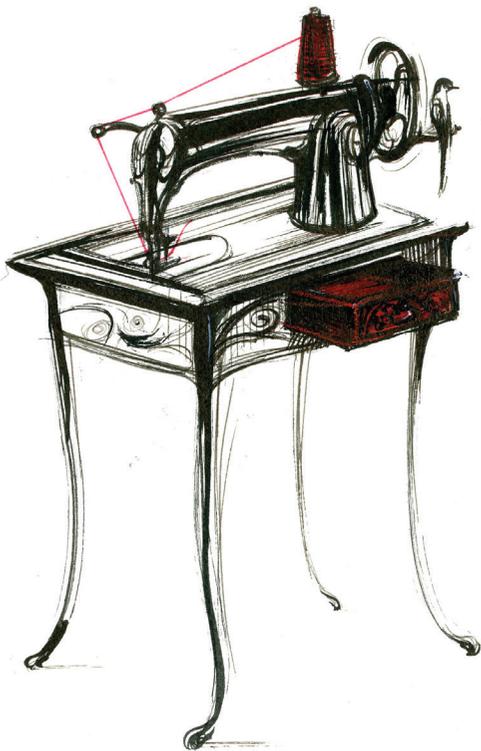


Dime, amigo: ¿La vida es triste o soy triste yo?

AMADO NERVO



Una casa recóndita



Era invierno en la casa la última vez que estuve allí. La habitaban las oxidadas bisagras ruidosas y las paredes, cansadas, que apenas sostenían su cielo. Era una casa desbordante de musgos y helechos, y parecía que con la muerte de algunos de los seres queridos que la animaran antes, iba ella misma muriéndose también, languideciendo, vacía y alta. Palidecían las baldosas de los años 30 y las vigas de ferrocarril del antiguo techo perdían su rumbo en horizontes verticales y homicidas. Ya no ahogaba el humo de la pipa de mi abuelo en la sala. A la habitación del fondo faltaba el fragoroso y tierno ronronear de la máquina de coser de mi madre. La luz insomne de los desvelos y miedos infantiles de mi hermana se había apagado definitivamente en las profundas madrugadas. Ningún fuego rezumaba el café de las 4 de la tarde. Venus ya no estaba allí para Mercedes, mi madre, que le esperaba invariablemente paciente, donde la escalera terminaba en corredor bordeando los muros, afuera,



Desde mi Habana • Katuska Blanco Castiñeira

por donde mismo, al fondo, arriba, se alzaba la mirada y aparecía el lucero del alba, mientras ella, Mercedes, pensaba en mí que estaba en África, repitiéndose unos versos de Silvio «... anda, corre donde debas ir/ anda/ que te espera el porvenir/ vuela/ que los cisnes están vivos/ mi canto está conmigo/ no tengo soledad/».

En mi memoria guardaba triste aquel día de la última estancia, con una sensación angustiada de músicas perdidas, de cotidianos detalles olvidados; una sensación vieja que de súbito tuvo alivio ayer, junto al librero, al abrir las páginas de una poética completa de César Vallejo que siempre me acompañaba en tiempos universitarios. El poema *No vive ya nadie* lo conocía desde siempre y no naufraga de puro milagro entre tantas anotaciones mías de entonces; pero anoche, al releerlo, cambió el recuerdo de aquella última residencia, y fue como si una mariposa colorida y perenne revoloteara alegrando lo vivido. Volvió el humo, el ruido del pedal y se iluminaron las madrugadas y en mí, la casa volvió a poblarse, llegó al mundo de nuevo.

«No vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio yacen despoblados. Nadie ya queda, pues todos han partido.

«Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombre. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Solo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.



«Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa (...).«Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto».

Tangos en la memoria



Los viejos tangos de la Argentina traen el recuerdo de seres memorables en lo íntimo, lo callado. Pienso así porque un padre, Antonio, que los prefería, falta en su casa hace un año ya, y parece que el tiempo se ha precipitado como en cascada para que de súbito nos asombremos con el paso de los días y nuestra perenne objeción a las ausencias.

No recuerdo su rostro y solo una vez nos saludamos, pero lo conozco como de largos años de amistad, porque pervive en la honradez incólume, la bondad, y el hábito minucioso de su hija, que habla de él como en rumor incontenible y admirado siempre. Lo imagino en su hogar, junto a la radio, tecleando, solemnemente, en una ruidosa y eficaz maquinita de escribir, todas sus cosas, las grandes y vitales, y también las otras, las que parecen menudas, cotidianas, y son imperceptiblemente trascendentes. Y en la radio, mientras él teclea, los tangos de Gardel.



Desde mi Habana • Katuska Blanco Castiñeira

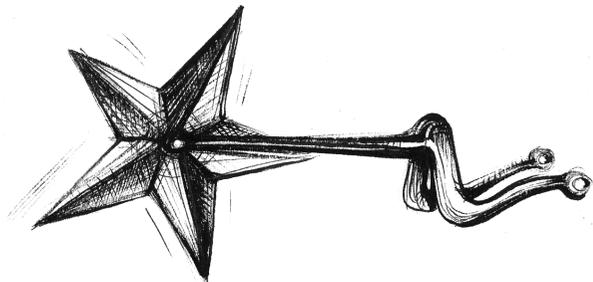
Y vuelven siempre las remembranzas, la nostalgia, es lo cierto. Escucho en la memoria la voz portentosa del Río La Plata y recuerdo a mi abuelo Manuel, de estampa erguida y pulcra, con el cabello blanco y escaso de un anciano de más de 80 años, engominado por la insustituible y bien apreciada «brillantina». Cuando conversaba con él, la sonoridad del bandoneón y las palabras tristes de los tangos eran como banda sonora de las imágenes de sus años juveniles, tumultuosos e indómitos. Invariablemente, como cuestión ineludible, nos reuníamos los mediodías, a la hora que antecedió su siesta cotidiana. Entonces, vivíamos la magia de largas conversaciones, donde él ponía todos los temas de su vida: el hábito temprano de fumar habanos a escondidas del recio español que era su padre, los cañaverales incendiados por sus vehemencias revolucionarias contra Machado, su militancia guiterista, las decepciones que sobrevinieron después, la esperanza renacida en la Sierra, el día tremendo e inolvidable en que descolgaron de la entrada de su trabajo el inmenso cartel que decía: Cuban Telephone Company; la lucha contra bandidos en el Escambray, y los numerosos viajes a las provincias para reparar las líneas telefónicas tras el paso de huracanados vientos o lluvias torrenciales, como las que hundieron a Oriente en un mar, cuando el ciclón Flora.

No había voz para él más prodigiosa que la de Carlos Gardel, y al mencionar los tangos, repasaba sus amores de 50 o 60 años atrás, sus fuerzas de entonces, sus sueños, también el júbilo con que recibió a los hijos que la vida le dio. Una vez me habló del día en que Mercedita, mi madre, había llegado a casa como un torbellino, decidida a irse a las montañas como maestra voluntaria. «De repente, me dijo, vi que ya tenía en casa, en lugar de una niña, una muchacha». Después, como para olvidar la tristeza de que mi madre hubiera muerto antes que él, recordó cuánto le gustaba a ella el tango *El día que me quieras*; y yo, que hasta

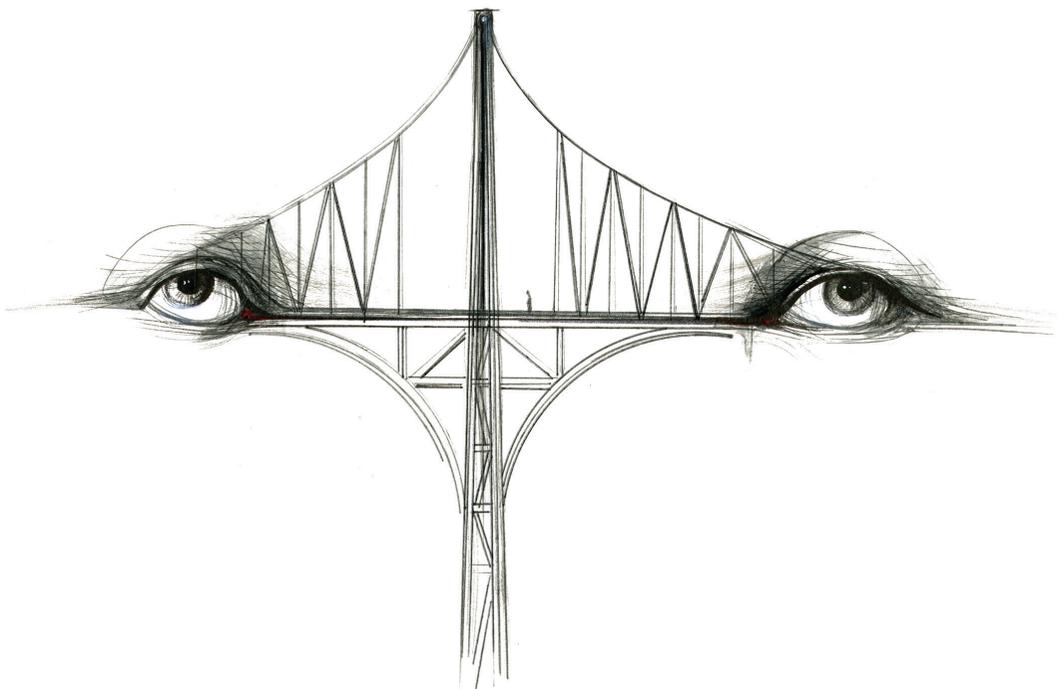


entonces había seguido hasta el aliento el hilo de su historia, me perdí en el pasado y volví a verla frágil y firme como era, volví a escucharla tararear feliz por toda la casa: “Acaricia mi ensueño/ el suave murmullo de tu suspirar./ Como ríe la vida/ si tus ojos negros/ me quieren mirar./ Y si es mío el amparo de tu risa leve/ que es como un cantar,/ ella aquieta mi herida,/ todo, todo se olvida...”.

*Los derechos se toman, no se piden;
se arrancan, no se mendigan*
JOSÉ MARTÍ



Los puentes



Los puentes ondean en las aguas, la brisa los arrastra en el rizo tenue de la corriente y se les ve como en la luna de un espejo en todo su esplendor estructural y humano: arqueados, erguidos, adoquinados o no, rústicos, calados en sus barandillas, estrechos y amplios, paseos o avenidas, testigos de las historias que han visto pasar o de las que han pasado por ellos mismos, con todo el silencio probable del crepúsculo o el alba solitarios, o bulliciosos como la ciudad que habitan y embellecen.

En Cuba, Matanzas es la Ciudad de los Puentes, enlazada al pasado, a sí misma, y al mundo por las discretas leves alturas sobre los barrancos o los ríos con tal profusión que es imaginada ella misma elevada, alzada, recordada, inspirada como uno de esos accesos pensados para no bojear un despeñadero, para llegar en un vuelo a la otra orilla sin hacer una travesía obligada en frágiles embarcaciones, para alcanzar el otro lado siempre —a pesar de

temporales, crecidas y desbordamientos—, para que las vías ferroviarias de hierro y ácana se abrieran paso hasta los embarcaderos y luego lo hicieran también el fragor de las locomotoras y el obediente traqueteo de los vagones, con el deseo de hacer camino a los buses y los automóviles, o simplemente para unir callejuelas o un vecindario con otro.

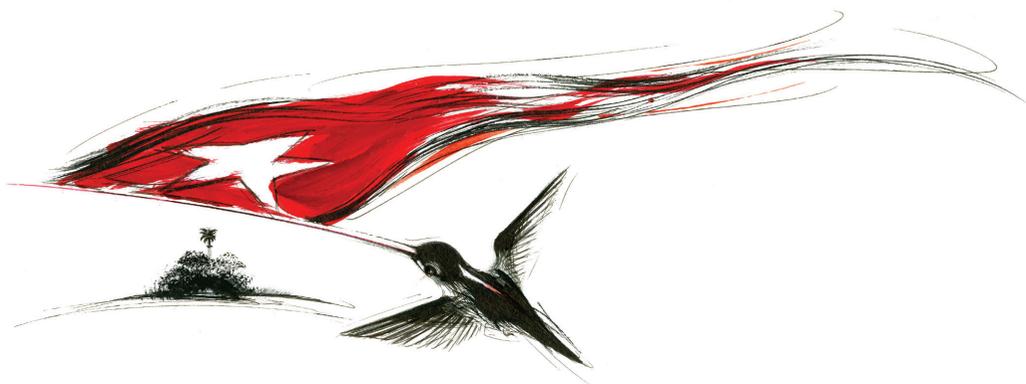
Las arcazonas al vuelo sobre los ríos Yumurí, San Juan, Canímar, Buey Vaca y otros cauces, constituyen viejas y nuevas pasarelas que recuerdan el alma de la ciudad, sus amores, sus infortunios, tantas vidas vividas, y hasta su poética especial y entrañable, tanto que se menciona Matanzas y puede imaginársele como urdimbre de tejados y muros en levitación maravillosa, reconocida en versos, crónicas deslumbrantes y maravillas arquitectónicas en otras latitudes selváticas o urbanísticas.

Siempre que anduve por ellos, con la vista fija en los techos y las barcas de los pescadores, recordé a José Martí, que describió la inauguración del puente de Brooklyn con la elocuencia pertinaz y contundente de las cifras. Unos acordes tarareaba el pensamiento: aquella canción que enamora a una limeña «del puente a la Alameda». Evocaba a los transeúntes sobre el Támesis en Londres, y al poeta Fayad Jamís en sus contemporáneos poemas del libro *Los puentes* donde un hombre es el primero en un nuevo día, caminando por una ciudad que es también la de Rimbaud: “¡Cielos grises de cristal! Un extraño dibujo de puentes, estos rectos, aquellos arqueados, otros descendiendo o sesgando en ángulos sobre los primeros; y esas figuras renovándose en los otros circuitos alumbrados del canal, pero todos de tal modo largos y ligeros que las orillas, cargadas de domos, se abaten y empequeñecen. Algunos de esos puentes están todavía cargados de escombros. Otros sostienen mástiles, señales, frágiles parapetos...”. Pero, sobre todo, meditaba la historia del nombre del Puente de La



Concordia en la misma Matanzas. El paso fue inaugurado por el capitán general Arsenio Martínez Campos, quien, en exceso entusiasmado con el Pacto del Zanjón e iluso, le nombró de ese modo, y constató después, ya derrotado, cuán imposible era la concordia sin independencia y cuán insurrecta seguiría siendo, por siempre, la isla de Cuba.

Memoria



Euba está de regreso de todas las vivencias y caminos; será por eso que Juan Madrid recobra entre nosotros su cordura y termina pensando que lo mejor de España, su espíritu profundamente generoso y altivo, su Quijote y La Mancha, están aquí, en tiempo y lugar de este archipiélago cruzado por los vientos y los mares.

Hace ya más de un siglo, el capitán general español, Valeriano Weyler, para desarticular la red de abasto al ejército independentista, en hombres, armas, alimentos, provisiones y descanso; primero ordenó el cierre de todas las tiendas situadas a más de 500 metros de los poblados de La Habana y Pinar del Río, y como si ello no fuera suficiente calamidad excluyó después, de las raciones alimenticias, a mujeres e hijos de insurrectos, dispuso la requisa de todos los caballos en los campos y el traslado del maíz a las ciudades de La Habana y Pinar del Río, y el 21 de octubre de aquel aciago 1896 dispuso, en un plazo de ocho



días, la reconcentración en los pueblos ocupados por las tropas, de todos los habitantes del campo dentro o fuera de la línea de fortificación de las poblaciones. En apenas unos meses, Stephen Bonsal, corresponsal del *New York Herald Tribune*, contaba más de 10000 muertos de aquella «masacre autorizada». Cuba no desistió de sus afanes libertarios y la guerra siguió a pesar de Weyler.

De tal historia, el país, a fines del siglo XIX, vivió el horror de los campos de concentración, muchos años antes de que el fascismo estremeciera a Europa con la existencia de Auschwitz, en Polonia, o de Jasenovac, en Croacia.

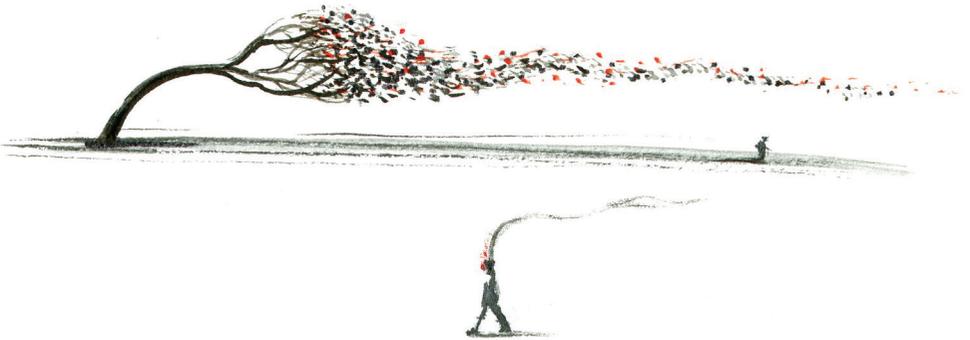
Con la intervención de los norteamericanos en el conflicto, el final de la contienda que ya los cubanos tenían ganada, giró 360 grados. La paz se firmó sin la presencia mambisa y dio paso a la ocupación extranjera. En la Isla, la guerra había costado más de 200000 almas, los faros no funcionaban; los caminos resultaban intransitables; la economía se encontraba devastada; existía una terrible ausencia de niños y mujeres embarazadas, una indeseada y arrogante presencia militar; una cada vez más impúdica apropiación norteamericana de nuestras riquezas, y una frustración inabarcable de terrible desamparo y desconcierto entre los cubanos, después de la disolución del Partido Revolucionario Cubano, de la Asamblea de Representantes y del Ejército Libertador.

De unas elecciones «libres» en territorio ocupado, y donde solo votó el siete por ciento de la población cubana; de una república a medias como geografía de la injusticia, nacida a la sombra de aquellas siniestras palabras del presidente de Estados Unidos, McKinley el 5 de diciembre de 1899: “Cuba quedará ligada a nosotros por vínculos de intimidad y fuerza”; de la dictadura batistiana, prolijada por el Norte, y que trajo a los cubanos más de 20000 muertos; de toda esa experiencia de amarguras, despojo y humillaciones, venimos, nos anclamos en el presente y lo



porvenir. Son las razones para una conciencia inequívoca del pueblo cubano, que valora nuestra larga y tenaz lucha, lo que hoy somos y toda la libertad y justicia soñadas y también palpadas, tras el triunfo de enero de 1959. Nuestra memoria de algún modo es nuestro presente y futuro, como fulgor de estrellas, que llega del pasado e ilumina. La memoria nos salva, es nuestra luz.

Tiernos pétalos indóciles



Leves y desafiantes, los pétalos descendían a contraluz y se posaban como alas de mariposa, en su memoria. Era una lluvia de flores deshechas, un torrente de adelfas, bugambilias, rosas y girasoles que volaban desde los balconcitos de torneadas barandas, los portales elevados, las escaleras precipitadas a la calle y las estrechas aceras de la ciudad estremecida.

La niña lo recuerda como presenciar de súbito un arco iris. Todo el sentimiento de la ciudad iba en aquella lluvia de pedacitos de flor, en la insolencia tremenda y tierna de aquel gesto. Era un riesgo asumido con la certeza del peligro, pues en la penumbra de las habitaciones, los jardines interiores, las salas de las casas, los patios floridos, al abrigo de las arcadas y los techos coloniales, y también afuera, de plaza en plaza, de camino en camino, de mercado en mercado, de callejuela en avenida y de parque en parque, ya todos los habitantes de la capital de Oriente conocían



el horror y la masacre en el cuartel. Los cadáveres aparecían por dondequiera y eran el triste y doloroso testimonio de la fiera represión.

La niña que miraba al cielo y veía caer la lluvia de flores no entendía aún lo que estaba sucediendo, pero percibía el desafío claro de la catarata de seda y colores que era el lenguaje afectuoso con que los santiagueros demostraban su adhesión a los jóvenes que solo unas semanas atrás habían atacado los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes. El ómnibus bufaba calle arriba de tanto peso, de tantos militares en custodia de unos muchachos detenidos, de tanta arma desplegada, de tanto miedo expresado en desborde de efectivos sintiéndose acechados, amenazados, hostigados o temerosos de quienes simplemente eran trasladados de la cárcel de Boniato a la Audiencia para participar en el juicio que los inconstitucionales y los golpistas; los esbirros de la dictadura seguían a los que entonces soñaban con que José Martí en su centenario perdurara, en la vida misma de una república de dignidad para todos los buenos. El ómnibus, se perdía después, en la nube de pétalos que le envolvía al pasar.

Quien recuerda la historia es ahora una mujer mayor y narra su emoción como viviendo de nuevo aquel torrente de cariño, admiración y olor con que los habitantes de Santiago abrazaban a los héroes.

Al escucharla no pregunté su nombre, pero la imagino sensible y uno de esos seres imprescindibles que mágicamente habitan entre nosotros con una sencillez pudorosa. Esa tarde de charla prometí que escribiría sobre el desafío olvidado y ahora le cumplo. Pienso en los pétalos de Santiago y recuerdo el aplomo y la determinación con que muchos de los mambises luchaban en las guerras de independencia. Ellos lo hacían poniendo la piel a las balas del máuser y terminaban venciendo por la pujante decisión



con que embestían, inspirados en la pasión libertaria y el desprecio a la opresión. Incontables fueron los soldados del Ejército Libertador que iban desarmados al combate y el ruido que les acompañaba era solo el del roce de las vasijas desoladas atadas a la cintura, mientras avanzaban en medio del fuego.

*Primavera
Carpentier*



a mujer (al menos así se la representa uno en la imaginación), con el torso erguido, sentada en mueble de juncos entretnejidos simétricamente, apoya su estructura en un bastoncillo y refrescándose de los calores intensos y el sopor de los mediodías con abaniqueo indomable, reiterativo, expande la voz de súbito y va como despeñándola en la mirada del lector que recorre la línea: “y 1 yyy 2 yyy 3 y 1 yyy 2 yyy 3...” y así, a ras del alma, Carpentier, con la cadencia que marca una profesora de danzarines, paso a paso, párrafo a párrafo, va armando la novela que escribe sobre los tiempos múltiples que habitan “hombres y mujeres de destinos modificados, transformados, revertidos o superados, con su anuencia o sin ella, por la historia de nuestro siglo (...), cuyo parecido con modelos reales era totalmente inevitable”. «Y ante mis ojos tuve el caso de mi madre, educada en un liceo imperial de Bakú, amiga de Anna Pávlova —como la Vera de mi novela—, que



anticomunista y blanca hasta mi encarcelamiento (1927), cambió de actitud hasta el punto de traducir, en los años 30, algunas novelas soviéticas... Sorprendida por la guerra, cuando se hallaba casualmente en París, fue presa por la Gestapo «porque su hijo, desde hacía mucho tiempo venía publicando artículos contra Hitler en la prensa cubana». Librándose de sus carceleros con pasmosa habilidad, huyó de la capital, se sumó a la resistencia francesa... y terminó su existencia en La Habana, rodeada de jóvenes comunistas a quienes daba clases de ruso, totalmente identificada con el proceso revolucionario cubano”.

Casi sobresaltados, aparentemente inconexos, rotundamente afirmados o nacidos y desaparecidos de modo abrupto, se suscitan circunstancias, pensamientos, sensaciones, enigmas, filosofías, remembranzas, caracteres e historias de lo real maravilloso de nuestro continente, que el 1 yyy 2 yyy 3 enhebra con armonía, una vez y otra y otra vez y lleva definitivamente al momento crucial en que el triunfo de la Revolución Cubana es primavera, momento de eclosión, desmesura, renacimiento, florecimiento, fundación, anunciación y buen augurio para la cosecha y cosecha en sí misma, nuevo mito.

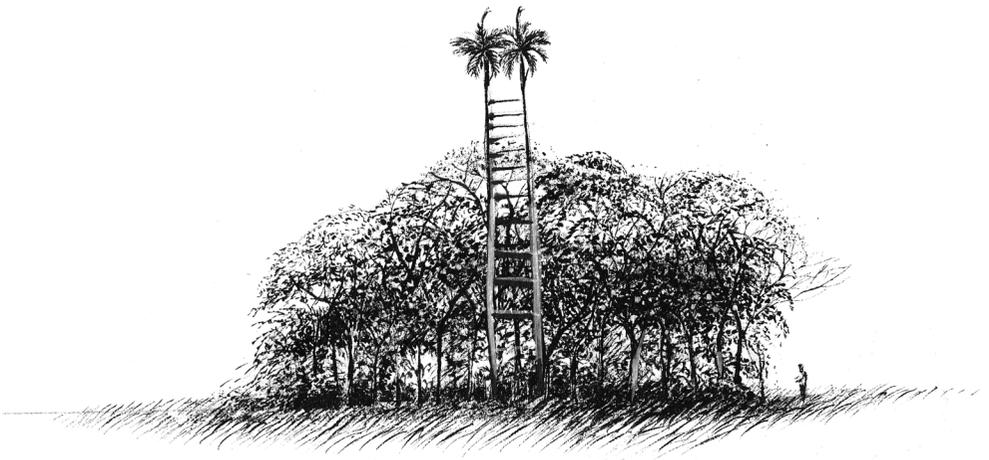
Y vuelve a la memoria, la primavera danzante que inspira a uno de sus personajes para un nuevo ballet y también los ritos primaverales que las literaturas y tradiciones recuentan en cualquier esquina remota del mundo. En Turingia, después de recoger en un saco que cuelga hasta las rodillas el lino sembrado, el campesino camina con grandes pasos, de tal modo que el saco bambolea de un lado a otro, esto para que el lino ya crecido ondula ante la brisa. En Sumatra las mujeres son las encargadas de sembrar el arroz. Lo hacen con el cabello suelto y largo para que el arroz crezca espeso y de cañas largas.

Por entrañable asociación de tiempos e historias, este mayo florecido de romerillos abundantes e intensos en



el color, nos recuerda la consagración de esa estación en narrativa deslumbrante de Alejo Carpentier, el escritor que en el invierno de nuestro diciembre cálido cumple cien años de estancia entre nosotros a pesar de su muerte, por su palabra exuberante, desbordada en cataratas expresivas e iluminadas, por el fulgor intenso de su mirada maravillada ante lo cotidiano americano, y por la adhesión de su vida a las causas revolucionarias, todo lo cual nos convence de que a pesar de haber nacido en invierno, su presencia será siempre consagrada primavera.

Martí es un árbol que crece.
FIDEL CASTRO RUZ



Silencio hablador





José Martí hizo el camino a Cuba desde su salida de Nueva York para llegar a la guerra necesaria y rápida al mismo paso de ansia con que andaría los montes tras el desembarco en Playitas durante la contienda, fraguada por largo tiempo para alcanzar la independencia y la justicia.

Iba anotando, en recuento iluminado, todo el recorrido y las nostalgias, ensimismamientos y sueños de su espíritu entonces, pero en ese diario que va por mar primero y por tierra después, hasta volver a embarcarse con rumbo definitivo al archipiélago amado, hay un silencio, silencio hablador, elocuencia de la fecundidad de las jornadas, días en que no hay tiempo para los apuntes del alma y se van las horas y los minutos en frenesí de envío de circulares y comisiones. Se extingue tarde en la madrugada la luz de la lámpara con que ilumina sus insomnios.



Entre el 19 de febrero y el 2 de marzo, José Martí vive en La Reforma trabajando sin cesar y a la espera de un mensaje telegrafiado desde Nueva York. Toda su angustia cabe en pocas pero intensas palabras a Serafín Sánchez: “Lo muevo todo de manera que no se decaiga; pero son de cristal situaciones como esta (...) ¿quién recibe? ¿quién envía? ¿quién atiende a novedades como la de usted? —No tengo tiempo como ve”.

Rumbo a Montecristí, el mismo 24 de febrero del alzamiento y el 25, al fin el cablegrama de Gonzalo de Quesada con la noticia que conmueve y exalta y apremia el corazón para seguir viaje: «revolución en occidente y en oriente» y el 26, en carta a Gonzalo y a Benjamín confirma su decisión de alcanzar la manigua y ocuparse de dejar organizado un servicio «amplio y continuo de recursos de guerra».

El propio 24 de febrero, desde el viceconsulado de España en Puerto Plata, se envía una carta a Santo Domingo, que informa sobre las conspiraciones y esfuerzos de los cubanos, a quienes las autoridades mantenían bajo perenne vigilancia. Dice la infidencia: «acaban de conferenciar en Santiago, los laborantes Martí, Máximo Gómez, Collado y Franc. Borrero, teniendo lugar dichas reuniones en la casa de Don Nicolás Ramírez, cubano residente en aquella población (...)».

El 2 de marzo vuelven como estampas al papel, los asombros, los encuentros, los lugares, el gesto mínimo en que va un sentimiento hermoso, todo lo que Martí percibe en su cabalgada definitiva: «Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el Norte la frontera. Allí tengo a Montesinos, el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni favor ni calor acepta de mano española (...)».



Del monte a la Plaza



La luz refulgente encamina al Maestro desde el monte a la Plaza. Pura manigua hay a sus espaldas en la fotografía que un libro de estampas reconoce como el mejor retrato de José Martí, «solo y de cuerpo entero, tomado al parecer en Temple Hall o Bond Hall, Jamaica, durante su primer viaje a esa isla, en octubre de 1892». Fue el patriota y fotógrafo Juan Bautista Valdés quien captó la imagen que confirma el misterio de que hablara José Lezama Lima. El alma da un vuelco al observarla porque nos hace vivir la presencia de José Martí como si habitáramos la misma hora, el mismo día, la misma vida. Lo detallamos minuciosamente: tiene fija en lo hondo la mirada; la frente, profunda y lúcida en el discernimiento, abrigo de tanta idea, va ampliándose, ensanchándose, abriéndose en la espesura que la circunda. El cabello va perdiendo terreno, dando paso a la erudición y la sensibilidad. Los brazos a la espalda apenas contienen al caminante incansable en un minuto de sosiego, de espera



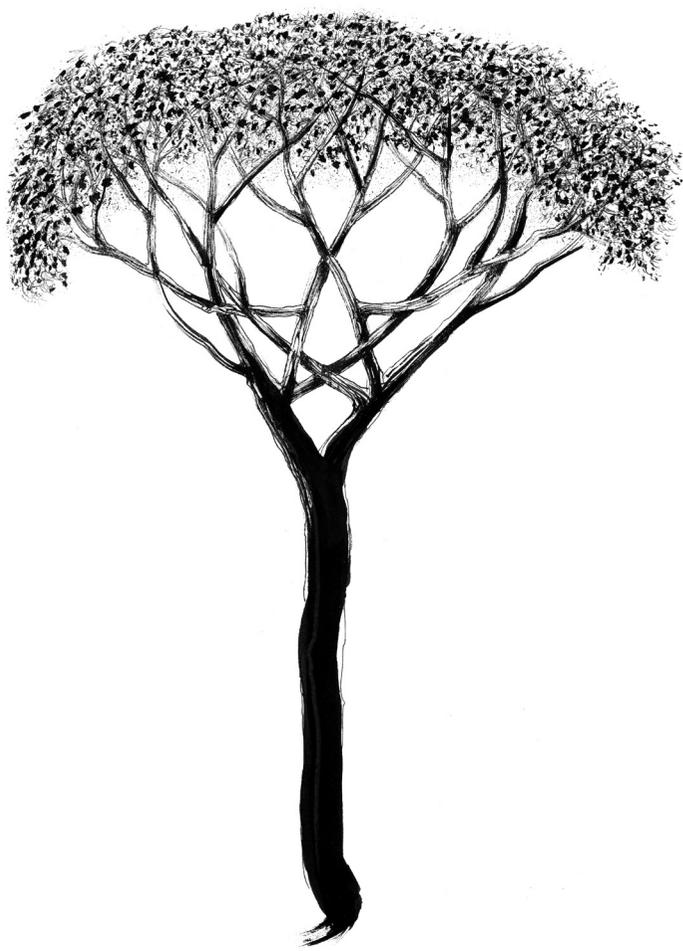
no concebida. El traje austero y negro, el alfiler en el chaleco, la corbata anudada levemente y la expresión serena, sería, firme. Es un hombre en apariencia frágil. La delgadez no engaña en él, es hija de la robustez de espíritu, de la vida agitada, tensa, laboriosa, de las angustias de una vida que se ha impuesto el sacrificio y el afán de perseverar en todos sus empeños. Al final todos sus haceres fluyen hacia un solo torrente, lo confiesa al amigo: “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por Las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”.

Así con la luz de farol que ilumina la noche y en medio de la ciudad al Maestro, recordé los destellos que a bordo del vapor *Athos* debió vislumbrar cuando andaba por la mar de una isla a otra, desde el puerto de Nueva York con destino a Puerto Príncipe, en busca del General Máximo Gómez, en la travesía anhelada con rumbo a Cuba, en días 2 y 3, también de un febrero invernal, pero de 1895.

Se parecen mucho a los nuestros aquellos días de José Martí en que no se cansaba de defender, ni de amar, ni de batallar por el esfuerzo común para vencer lo imposible.

Recordé sus ímpetus de entonces, el desvelo de su ser cuando en la lentitud de las navegaciones marítimas veía aún lejana la hora del combate para el que se aprestaba viril, en un camino sin regreso para servir a la patria «que es humanidad».

Son parte de él nuestra vehemencia de ahora para fundar y crecer, por un mundo mejor y solidario levantando para que no pase el imperio, las Revoluciones de Cuba y Venezuela. Y la plaza fue el Arauca desbordado y el Cauto indómito y el mar que desde el monte, el Maestro surcaba en la travesía de la historia.



Índice

Las crónicas de Katuska Blanco	7
Dedicatoria	11
Fonógrafos	15
Las olas traen los versos	21
Hornillo olvidado	27
Fascinación eterna	33
Calzada de 10 de octubre	39
Felicidad	45
Fina violeta bajo la lluvia	51
Don libro	57
Cuba y Neruda	63
Neruda	67
Voy a vivirme	73
Borges	79
Surtidor	85
Volodia sin olvido	89
El ave blanca que surca el cielo	103
Pintar un párrafo	109
Taconeo en la memoria	113
Dejar atrás febrero en Montparnasse	117
Una casa recóndita	127
Tangos en la memoria	133
Los puentes	141
Memoria	147
Tiernos pétalos indóciles	153
Primavera Carpentier	159
Silencio hablador	167
Del monte a la Plaza	171

